



la dinastía del terror

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.331 — Sobra un ataúd.

En Colección PUNTO ROJO:
730 — La violencia es mi negocio.

En Colección LA HUELLA:
52 — Llama un fantasma.

BURTON HARE

LA DINASTIA DEL TERROR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 742
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 22.312 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1976

© Burton Hare - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Desilo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba inscrito como Justy Fleming y daba buenas propinas, con lo cual tenía al personal del hotel dispuesto a sonreírle cada vez que solicitaba sus servicios.

Era bien parecido, de estatura elevada y con una cara lo bastante atractiva para que las mujeres, algunas mujeres, le consideraran fascinante.

Cuando descolgó el teléfono por cuarta vez en esa tarde, su cara no parecía precisamente fascinante. Tenía una mueca de impaciente cólera, mientras oía sonar el timbre al otro extremo del hilo.

Al fin, el timbre fue sustituido por una voz femenina.

Fleming gruñó:

—¿Dónde demonios estuvo usted toda la tarde? La advertí que la llamaría.

—No pude regresar antes a casa —se disculpó la mujer.

—Estuve a punto de mandarlo todo al diablo, y usted sabe lo que eso hubiese significado.

—¡Por favor!

—¿Tiene el dinero?

—Sí.

—¿Quinientos mil?

—Sí.

—¿En billetes pequeños y viejos?

—Sí... ha costado mucho reunirlos de ese modo.

—No hay nada difícil para ustedes aquí —rió Fleming con voz socarrona.

—¿Cuándo...?

—Esta noche, a partir de las once.

—¿Entregará usted todo lo que tiene a cambio del dinero, documentos, fotos, negativos, todo?

—Naturalmente. Una vez a cada pieza es mi lema. Soy un

cazador consecuente, señora.

—Está bien. ¿Dónde?

—Hay un par de advertencias que quiero hacerle. Primera, no piense ni por un momento que podrá apoderarse del material sin pagar. A mí me importa un pito toda su influencia y todo su poder. Segunda, si después de pagar intenta perjudicarme de algún modo no me costará nada obtener nuevo material. ¿Está claro?

—¡Sí, sí!

—Muy bien, estoy en el Palladium, habitación setenta y dos. Mi nombre es Fleming.

—No esperará que vaya yo personalmente a la habitación de un hotel... Enviaré a alguien de mi confianza.

—Como guste, pero ya sabe; el material no estará aquí, por lo menos los originales. Sólo copias. Sea quien sea que se presente a recogerlo, no tendrá los originales hasta un tiempo después de que yo haya cobrado y pueda ponerme fuera de su alcance.

—¡Ya basta! Le dije que le pagaría, maldito bastardo.

—Ése no es el lenguaje propio de una dama... Recuérdelo, esta noche, después de las once.

Colgó bruscamente y se recostó en la butaca. Estaba satisfecho, porque aquel dinero significaría una vida nueva, lejos de la rutina, del tedio, del trabajo vulgar y cotidiano, de una mujer que no había resultado lo que él soñara...

Bien es verdad que era hermosa. Tan hermosa como pocas, pero jamás habían congeniado. Tal vez porque ella continuaba guardando en el fondo de su corazón el recuerdo de algo que él nunca pudo averiguar qué era, algo profundo, hermoso y aterrador a un tiempo a juzgar por los estados de ánimo de Magda, cambiantes y huraños, amargos...

Al infierno con ella. No la necesitaba. Necesitaba, eso sí, alegría a su alrededor, vida bulliciosa, risas, sol y placer.

Y eso, con medio millón de dólares, podría tenerlo a manos llenas.

Sonó el teléfono sacándole de sus ensueños.

—¿Sí? —Gruñó por el auricular.

—¿Justy?

—Hola, nena.

—¿Todo bien?

—Ya puedes jurarlo. Esta noche habré resuelto ese negocio y podremos largarnos.

Oyó una emocionada exclamación.

—¿De veras, mi amor? —exclamó la voz sensual de la mujer.

—Saldremos por la mañana. Tengo los pasajes para el avión. Yo siempre cumplo mis promesas, encanto. De modo que antes de las diez, debes tener el equipaje listo. ¿Entendido?

—Sólo me falta...

—No quiero saberlo. Antes de las diez de la mañana, tú y yo empezaremos una nueva vida.

—Te quiero, Justy.

—Y yo a ti.

Murmuró una despedida y colgó.

Al mirar el reloj vio que eran apenas las diez de la noche.

Doce horas. Justo dentro de doce horas, la vida se abriría ante él como una inmensa flor exótica, perfumada y llena de atractivos.

Pearl colgó el auricular sintiendo un agradable calorcillo en todo el cuerpo. Pensó que era la emoción, o el placer anticipado, o la proximidad de esa liberación en la que apenas había podido soñar sólo unos meses antes.

Estaba sentada ante el tocador del camerino. Se miró al espejo y se vio hermosa, deseable y sofisticada. Dedicóse una mueca de aprobación y levantándose se despojó de la bata, quedando desnuda ante el iluminado espejo. Giró sobre sus pies, admirándose, recreándose en aquella escultura provocativa que era toda ella desde el cabello rojo hasta las puntas de los pies. Su pecho era alto y pujante. Y su cintura resultaba una increíble filigrana de suaves curvas que perdían la delicadeza en las ampulosas caderas que coronaban sus largas piernas de bailarina.

Comenzó a vestirse las diminutas piezas de su atuendo artístico. Apenas podía creer que ésa fuera la última noche de su actuación. Ya se había despedido para siempre y se sentía orgullosa de haberlo conseguido. Nunca más volvería a exhibirse para una manada de babeantes papanatas con mentes sucias. Nunca más saldría a la pista de ningún club para ganar un poco de dinero con su mala voz y su soberbia anatomía...

Cuando la avisaron de que faltaban cinco minutos para su número se sobresaltó. Era la última vez.

Y se propuso que fuera también la actuación más soberbia, más sensacional y atrevida de toda su carrera artística. Haría que la manada se desgañitara de entusiasmo. Que los ojos les saltaran de la cara, mirándola. Que sus gargantas se secaran de secretos anhelos y que las manos les ardieran aplaudiendo.

Se colocó de nuevo ante el espejo, retocando con delicadeza su hermoso rostro, coronado por la llama viva del cabello. Luego, envolviéndose en la capa que, cuando se desprendía, descubría el corpiño cuajado de lentejuelas, salió al pasillo, dirigiéndose a la salida de la pista.

Oía los sonos de la música y la voz grave y sensual de un cantante que estaba obteniendo buenos triunfos.

Alguien pasó por su lado, dirigiéndole una broma gruesa.

También eso se acabaría después de esa noche. Ya nunca más los muertos de hambre empleados en ningún *cabaret* se dirigirían a ella en ese tono sucio y vil.

Sería una señora.

Ni más ni menos.

En la sala estallaron los aplausos y ella se preparó para salir. Era su número.

El último.

CAPÍTULO II

Cuando llamaron a la puerta, Fleming miró instintivamente el reloj. Eran las once y cinco minutos.

Abrió la puerta y gruñó:

—Es usted puntual.

El hombre que entró le miró apenas. Era alto y delgado, aunque se le adivinaba fuerte bajo su costoso traje gris.

—¿Usted es Fleming? —preguntó tan solo.

—Sí. ¿Trae el dinero?

—No.

—¡Maldita sea! ¿Qué cree que va a conseguir dando largas al asunto?

—Lo tengo cerca de aquí, pero antes de arriesgarme, quiero estar seguro de que realmente dispone usted del material de que habló por teléfono.

—¡Claro que lo tengo! Pero sólo copias, ya se lo dije a esa pájara por teléfono.

—No me gusta la manera que tiene usted de hablar de ella.

—¡Al infierno con sus gustos! Está perdiendo un tiempo muy importante para mí.

—Desde luego, pero es un tiempo que pagamos nosotros, de modo que no alborote. Quiero ver lo que usted tiene.

—Muy bien.

Fleming entró en el dormitorio y volvió a salir con un grueso sobre de papel manila.

El visitante lo tomó. Del interior extrajo primero unos documentos fotocopiados. Estaban llenos de estados de cuentas, cifras y más cifras, y fechas y nombres.

Los dejó sobre la mesilla. Se dejó caer sentado en una butaca y Fleming le imitó, frente a él.

—Vea las fotos —cacareó—. Le divertirán...

Con un gruñido, el individuo de rostro pálido y ojos fulgurantes le obedeció. Sacó un puñado de fotos y ante la primera su rostro se contrajo con una mueca.

—¿De dónde sacó esta basura? —barbotó entre dientes.

—Yo sólo la recogí. Pero la auténtica basura está ahí, en esas fotos, y le aseguro que en ninguna de ellas me encontrará a mí.

El hombre las pasó una a una. Eran atroces imágenes repugnantes hasta la náusea.

—¿Tiene los negativos y los originales de los documentos?

Fleming cabeceó.

—Sí, pero no aquí. No crea que soy tan idiota.

—Imagino que los ha ocultado tan bien que nadie podría dar con ellos, nunca.

—Ya puede jurarlo. Ni que se rompiera los sesos tratando de adivinar dónde están, lo averiguaría.

—Ya...

—Bueno, ¿qué decide?

El tipo pareció meditar mientras devolvía las fotos al sobre, recogía las copias de los documentos y las guardaba también.

—Si los ha escondido tan bien —dijo—, no creo que esos papeles hicieran daño a nadie, aunque usted no me los entregase.

—Bueno, tal vez no, pero en cuanto usted me pague, los tendrá. Maldito si me interesan de un modo especial una vez haya cobrado.

—Claro.

El hombre dobló el sobre de mala manera, empujándolo dentro del bolsillo de su chaqueta. Luego, de pronto, como por arte de magia, en su mano apareció una extraña y fea pistola.

Fleming dio un respingo.

—¿Se ha vuelto loco? —Gruñó—. Con amenazas no conseguirá usted nada.

—Es usted un reptil sucio y pestilente, Fleming, o como demonios se llame. No voy a pagarle un centavo. Sería insensato hacerlo y así se lo hice ver a ella. Cuando usted hubiera despilfarrado el dinero volvería a por más. Sólo hay un modo de acabar con esto.

—¡Espere un minuto!

—Puerco.

La pistola pareció toser. Fue un sonido apenas audible, porque el

silenciador de que estaba equipada era de los más eficaces, construido en las fábricas belgas.

Fleming pareció querer empotrarse contra el mullido respaldo de la butaca. Su cara tenía una mueca de aterrorizado estupor.

El otro aún disparó por segunda vez. La cara de Fleming pareció estallar y el pesado proyectil, después de atravesarle la cabeza, fue a enterrarse en el respaldo de la butaca. El cuerpo ya muerto se venció de costado y quedó en una absurda postura, caído a un lado, la sangre goteando como una fuente sobre la costosa alfombra.

El asesino se levantó, mirándole con una mueca de ira en su curtido rostro. Desprendió el silenciador de la pistola y luego la limpió con exquisito cuidado.

—¡Maldito seas! —barbotó—. ¡Maldito seas, hijo de perra!

Colocó la pistola entre los dedos de la mano derecha del cadáver, dio media vuelta y abandonó la habitación después de limpiar el pomo de la puerta.

Cuando abandonó el hotel, sumergiéndose en las sombras de la noche, el mar batía las rocas del promontorio a escasa distancia, llenando las tinieblas de su eterno rumor de incesante vida.

Para Justy Fleming era el rumor de la muerte, su canto funeral.

Hay quién lo llama asociación de pensamientos, comunicación mental, telepatía involuntaria y muchas cosas más.

De cualquier modo que quiera llamarse, esa noche el fenómeno se produjo y Frank Cameron hubo de vivir después las consecuencias.

Estaba agazapado junto a un muro de piedra. Sabía que el muro pertenecía a una hermosa residencia campestre, aislada, donde solían reunirse en elegantes fiestas la mayoría de nombres importantes de la sociedad de Boston.

En esa noche sombría en que él avanzaba paso a paso no había ninguna reunión social.

Sólo había muerte. Y gritos de dolor laceraban sus oídos hasta dañarle el cerebro, enloqueciéndole.

En la palma húmeda de su mano apretaba la sólida culata de una pesada «*Parabellum*» de tiro rápido. En aquellos instantes la pistola y él eran una sola cosa, una perfecta simbiosis de acción y decisión.

Sabía lo que tenía que hacer. En cierto modo, aquellos gritos horribles y apagados que llegaban hasta él amortiguados por el sólido muro de piedra eran su pasaporte para el éxito. Todo lo que debía hacer era desentenderse de ellos, olvidarse de lo que significaban y, sobre todas las cosas de este mundo, de quien los profería.

Avanzó hacia el extremo del muro y con la cautela de un tigre al acecho, pasó la poterna abierta. Era una pequeña puerta que comunicaba con el ala de servicio de la gran casa.

Desde allí oyó mejor los gritos. Sonaban a su derecha, más allá de la gran cocina. El debía seguir el pasillo de la izquierda y llegar a la biblioteca de la casa, donde estaba lo que debía llevarse.

Se detuvo de nuevo. Sin la menor duda, todos los hombres que había en la casa estaban en aquella estancia donde los gritos aullaban el dolor, el espanto y la vesanía del infierno, de modo que le dejaban el campo libre para que, una vez más, obtuviera el éxito en una misión tan importante como no se conocía otra desde los tiempos en que los agentes rusos se apoderaron del secreto del átomo.

Rechinó los dientes. Cada grito, ahora más débil, le erizaba los cabellos. Él también sentía lacerantes deseos de gritar, como si todo aquel dolor, toda aquella demencial tortura la sufriera en su propia carne.

Debía dirigirse por el pasillo de la izquierda. Había estudiado el plano de la casa con todo detalle.

Como un autómatas dobló a la derecha y atravesó la grande y bien equipada cocina. Abrió despacio una puerta y un rayo de luz salió por la rendija casi cegándole después de haberse movido en completa oscuridad.

Lo que vio le produjo el efecto de una atroz desgarradura en todas las fibras de su ser. Algo nauseabundo le subió a la garganta, casi ahogándole.

La mujer estaba férreamente sujeta sobre una larga mesa de madera. Lo que de ella quedaba era capaz de revolverle el estómago a un perro hambriento. Y no obstante seguía gritando aún, apenas sin voz, apenas sin conciencia ya, apenas sin cuerpo...

Había tres hombres alrededor de ella. A dos era la primera vez que los veía. Al tercero, no. El tercero era perfectamente conocido

por él.

Vio lo que estaban haciéndole a la mujer. No debía intervenir... todo el éxito de la operación estribaba en mantenerse al margen...

Dio un puntapié a la puerta y apretó el gatillo. La «*Parabellum*» rugió cual una pequeña ametralladora y los dos hombres más próximos, fueron levantados del suelo por la ráfaga y tirados contra la pared, lo mismo que si los hubiera disparado una catapulta. El tercero rugió al saltar de lado y sacar una pistola. El giró el cañón de la «*Parabellum*» y le barrió sin saber exactamente qué estaba gritándole, porque gritaba, y aullaba, o sollozaba en medio del rugido de la pistola y los gritos de aquel hombre.

La andanada de proyectiles le dio en el estómago. Fue como si lo partiera por la mitad, como si por el enorme boquete de salida de las balas fueran a salirle las entrañas.

Luego, paso a paso, se aproximó a la mesa.

El cuerpo apenas conservaba forma humana y el rostro era una carátula monstruosa. Un débil quejido escapaba de aquella boca desgarrada. Ya no era una mujer. Jamás volvería a serlo, porque si después de esa noche viviera, todo el dolor, toda la ignominia de cuanto le habían hecho, la convertirían en una masa informe y babeante que se refugiaría en la demencia para huir de tan horrenda pesadilla.

Oyó vagamente los pasos sobre su cabeza. Alguien que corría. Pasos pesados y rápidos, de varios hombres.

Cambió el largo cargador de la pistola sin poder desprender sus ojos de aquella cosa que sangraba sobre la mesa.

—Lo siento —musitó—. De veras, querida...

Levantó la pistola y le disparó un tiro en la sien.

El cuerpo se relajó de golpe.

Entonces se volvió para salir y vio a la otra mujer atada a una silla. Todo empezó a girar a su alrededor. Ella estaba allí, inmóvil, mirándole con sus grandes ojos azules llenos de todo el miedo y la repugnancia del infierno.

Ella, Magda, su pequeña Maggy.

No podía ser. Nada de todo aquello podía existir en la realidad.

Los pasos corrían ya por las escaleras. Ahora unidos a gritos de alguien que daba órdenes.

De un salto estuvo junto a Magda. Con un cuchillo automático,

cortó las cuerdas, la tomó en brazos y voló materialmente hacia la salida, oyéndola palpar junto a su cuerpo, sollozando ahogadamente, porque no había perdido tiempo librándola de la mordaza.

Los hombres aparecieron cuando alcanzaba la pequeña puerta por la que entrara. Aullando igual que un demente les envió todo el cargador y el horrrisono estruendo de la gran pistola hizo vibrar la quieta noche y barrió a los cuatro individuos sin haberles concedido la oportunidad de disparar ni una sola vez.

Luego siguió corriendo con ella en brazos a través de los prados, bajo las tinieblas de una noche sin luna. Corrió como si ese esfuerzo fuera lo más importante de este mundo, como si quisiera agotarse y no pensar, sintiendo en sus manos el frío contacto de aquel cuerpo amado que parecía haberse convertido en hielo.

Cuando las fuerzas se agotaron hubo de detenerse. Estaba junto al coche en medio de los árboles donde lo ocultara al llegar.

Abrió la portezuela y depositó a la muchacha en el asiento. Entonces le quitó la mordaza y ella pudo llorar libremente, ocultando la cara con sus manos.

El intentó hablar. No pudo.

Ella, Maggy, le miró al fin. Y en sus ojos había tanto horror, tanto odio y tanta repugnancia que fue lo mismo que si le hubiera escupido en plena cara.

Entonces supo que la había perdido para siempre, porque por primera vez, Magda se había enfrentado a un mundo que no era el suyo, había sabido la clase de hombre que era él, en realidad.

El timbre del teléfono sonó de pronto, despertándole y arrancándole de la atroz pesadilla. Frank Cameron se sentó en la cama de un salto y volvió a la realidad.

El teléfono continuaba sonando. Miró el reloj y vio que eran las ocho de la mañana.

Titubeó antes de descolgar el auricular. Aún sentía el estremecimiento de la maldita pesadilla que se repetía con tanta frecuencia desde que la viviera...

Al fin tomó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—¿Frank?

Era una voz de mujer.

—Frank Cameron. ¿Quién es usted, qué quiere?

—Te necesito, Frank. Soy Magda.

Era Maggy.

Y volvía de aquel pasado infernal.

CAPÍTULO III

Perla discó el número una vez más. Cuando obtuvo comunicación dijo:

—Deseo hablar con el señor Fleming, por favor. Habitación setenta y dos.

—¿A estas horas? —Gruñó el telefonista del hotel—. No podemos despertar a los huéspedes a las siete de la mañana.

—¡Por favor, es importante! Llamé anoche varias veces, pero él, el señor Fleming, aún no había regresado.

—Sí, tengo sus llamadas anotadas aquí, señorita. Pero no nos está permitido a estas horas...

—¡Pero es que él espera mi llamada, créame!

Hubo un corto silencio, antes de que el hombre del hotel dijera:

—Está bien, si es así, lo llamaré.

Perla suspiró. Al fin. Había pasado una noche condenadamente mala, dejándose llevar por el temor y el pesimismo. No comprendía por qué él no estaba en su cuarto del hotel. Ya debía haber terminado aquel importante negocio y...

—Lo siento, señorita —dijo la voz del telefonista en su oído—. El señor Fleming no contesta. No debió regresar al hotel anoche.

Sintiendo que las piernas le temblaban, ella colgó el auricular y cerró un instante los ojos.

La había engañado, eso era. Vistas las cosas desde esta perspectiva, estaba más claro que la luz. Se había burlado de ella. Le había fingido amor mientras quiso gozar de ese amor que ella le brindaba. Pero en cuanto se vio con tanto dinero como había dicho que obtendría no había hecho otra cosa que poner tierra de por medio, quién sabe si en compañía de otra mujer.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mansamente. Un nuevo fracaso, una nueva derrota. Ahora comprendía lo estúpida que había sido al creer en un hombre, después de haberlos conocido tan

bien antes de dejarse llevar por un amor que sólo había existido por su parte.

No obstante se resistía a dejarse llevar por el pesimismo, por ese dolor sordo que parecía desgarrarla.

Si él la había abandonado debería empezar otra vez. Volver a los *cabarets*, a los babosos de siempre, a la sordidez de una vida sin el menor atractivo.

De pronto se levantó. Tenía que asegurarse. Quería saber la verdad antes de declararse vencida una vez más por el maldito destino.

Retocó su cara ante el espejo y abandonó el apartamento.

Frank Cameron detuvo el aerodinámico «Ferrari» y levantó la mirada hacia la colosal fachada del hotel Palladium. El sol le hirió los ojos, reflejándose en los millares de cristales de las ventanas.

Se apeó y encendió un cigarrillo. Era el séptimo hotel de Bay City que visitaba, llamándose estúpido por haber accedido a los ruegos de Magda.

Vio salir a un elegante botones que se dirigió hacia la esquina del edificio. Fue tras él, alcanzándolo antes de que la doblara.

—Un momento, amigo —dijo.

El botones se volvió.

—¿Sí, señor?

—Busco a un amigo mío. Se llama Cecil Kelleway y quizá se hospeda en este hotel.

—Puede preguntar en recepción, señor. Pero no creo que esté aquí. Yo recordaría el nombre, seguro. Estamos en la temporada baja y hay pocos huéspedes.

—No quisiera que él llegara a saber que yo estoy aquí. Hagamos una cosa... Echa un vistazo a esta foto y dime si le conoces.

Junto con la foto, Cameron tendió un billete de cinco dólares, que el muchacho se apresuró a embolsarse. Luego miró la fotografía.

—No se llama Kelleway —exclamó—. Éste es el señor Fleming, de la habitación setenta y dos.

—Es un pícaro sinvergüenza —rió Cameron—. Seguro que se cambió de nombre para engatusar a alguna chica...

El botones se encogió de hombros y dobló la esquina,

desapareciendo.

Frank Cameron se encaminó a la entrada del hotel, atravesó el lujoso vestíbulo y entró en un ascensor, justo a tiempo de evitar que la hermosa pelirroja cerrara las puertas.

—¿Qué piso? —preguntó el ascensorista.

—Cuarto —dijo ella.

—Quinto —gruñó Cameron.

Cuando ella abandonó el aparato, dejó tras de sí un sofisticado aroma.

Frank salió en la quinta planta. Examinó los números de las habitaciones y vio que el que buscaba debía encontrarse en el piso cuarto, de modo que descendió por las escaleras cubiertas por una espesa alfombra.

La pelirroja estaba llamando a la habitación setenta y dos.

Cameron se quedó parado en los escalones, viéndola insistir impaciente en sus llamadas. Cuando al fin desistió, gruesas lágrimas se desprendían de sus grandes ojos verdes. Estaba tan aturdida que al buscar el pañuelo en el bolso, éste escapó de sus manos, desparramándose todo su contenido por la alfombra.

Cameron se le acercó entonces, inclinándose para ayudarla a recoger las mil chucherías que se habían desparramado a su alrededor.

—Ha sido una torpeza —balbució la muchacha.

—Eso le ocurre a cualquiera... Permítame...

Le entregó los objetos a medida que los recogía. Cuando le tocó el turno a una tarjeta de identidad, leyó el nombre y las señas y estuvo seguro que no se borrarían de su memoria en mucho tiempo.

Luego, ella se alejó, murmurando una frase de agradecimiento.

Frank miró arriba y abajo del pasillo. No había nadie a la vista, de modo que manipuló en la cerradura de la puerta y ésta se abrió, dejándole ver un interior en el que se mezclaban las luces eléctricas con la del sol que penetraba por la ventana.

Y la sangre.

Había un enorme charco sobre la alfombra, ya completamente seca.

Cerró a sus espaldas, corrió el cerrojo y contempló el cuerpo inclinado a un lado sobre la butaca.

De modo que ahí estaba el intachable Cecil Kelleway, ahora ya

no tan intachable.

Cameron se aproximó a la butaca y examinó el cuerpo. Tenía un orificio de bala en el pecho que debía haberle agujereado el corazón sin duda. Y otro en la cara, como un tercer ojo sobre el puente de la nariz. Lo que la bala había hecho con el cráneo al salirle por la nuca no era nada agradable de mirar.

Frank soltó un juramento y examinó la pistola que pendía de los dedos agarrotados de la mano derecha del muerto. No la tocó. Era una automática, como él había visto otras a lo largo de su vida pasada. Pistolas ideales para enroscar un silenciador a presión, sólo que allí no había ninguno.

Estuvo un rato mirando aquella mano con el ceño fruncido. Al fin se decidió a escarbar en los bolsillos del traje manchado de sangre que, al secarse, había acartonado la tela.

De todo cuanto encontró solo le interesaban dos pasajes aéreos que el muerto llevaba en un bolsillo interior. Leyó los nombres y se quedó un tanto pensativo, al comprobar que uno de ellos correspondía a la hermosa pelirroja que viera en el pasillo:

«Perla Bossman».

El del hombre estaba extendido a nombre de Justy Fleming.

El destino del proyectado viaje era Hawai.

Volvió a dejarlos en el bolsillo donde los encontrara y miró en torno. Todo estaba en orden al parecer. Comenzó a revolver aquí y allá, sin buscar nada determinado, porque no sabía qué buscar.

No encontró nada, excepto lo que cabía esperar en una habitación de hotel.

Al fin, tras asegurarse de que no dejaba huellas en la puerta, salió del hotel con algunas ideas algo más que sorprendentes en su entrenado cerebro.

Era como si hubiera dado un salto atrás en el tiempo.

Un salto de nuevo al infierno.

CAPÍTULO IV

Depositó las monedas que indicó la telefonista y llamó a San Francisco.

La voz de Magda, como sobresaltada, como presintiendo algo, surgió en el auricular.

Frank dijo:

—Lo encontré.

—¿De veras, Frank?

—En un hotel, con nombre supuesto.

—¿Por qué con nombre supuesto?

A él se le agolpó la ira en los labios. Se dominó con esfuerzo y de pronto soltó brutalmente:

—Está muerto, Maggy.

—¡Qué!

—¡Muerto! —rugió—. Tu amado hijo de perra, está muerto.

—¡Frank! ¿Cómo puedes...?

Él no pudo replicar, tanta era su cólera.

Al fin, la voz en su oído sollozó:

—¿Qué... qué ha sucedido...?

—No lo sé. Alguien le ha matado, eso es todo lo que puedo decirte por ahora.

—¿Asesinado?

—Sí. Dos tiros.

—¡Jesús!

Hubo un estallido de llanto y él esperó, rugiendo por dentro.

La telefonista dijo algo que apenas comprendió. Introdujo otras monedas y luego, de nuevo Magda.

—Frank, ¿sigues ahí?

—Claro.

—¿Qué podemos hacer?

—Tú deberías venir a Bay City cuanto antes. Alójate en un hotel

con tu verdadero nombre... He visto uno, sobre la playa, cuando buscaba a tu marido. Hotel Sheridan. Instálate ahí hasta que yo vaya en tu busca.

—¿Qué voy a hacer yo en ese lugar, Frank?

—La policía querrá hablar contigo. Habrás de identificarlo y pasar algunas horas condenadamente malas. Eso es lo que vas a hacer. Él era tu marido, no el perro de la vecina.

—¡Frank, no hables así...!

—¡Al infierno! Te veré en el Sheridan esta noche.

Colgó bruscamente. Se maldijo por haberse dejado meter en semejante embrollo y regresó al hotel Palladium.

Esta vez se detuvo ante el conserje.

—Quiero ver al señor Fleming —gruñó—. De la setenta y dos.

—¿Está esperándole, acaso?

—No. Pero es algo de suma importancia.

—Veré si desea recibirle.

—Hágalo. Se lo agradecerá.

El hombre descolgó un teléfono y tras pulsar un número, esperó.

Frank encendió un cigarrillo mientras esperaba también, sabiendo por anticipado cuál iba a ser el resultado de la llamada.

—Lo siento, el señor Fleming debe haber salido.

—¿Tiene su llave en el casillero?

El hombre dio un vistazo por encima del hombro.

—No —dijo—. No está aquí.

—Entonces, él debe encontrarse aún en su cuarto.

—Pero no responde al teléfono.

—Tal vez se haya puesto enfermo.

—Hubiera avisado. Lo siento, señor...

—Mire, llame a alguien con responsabilidad aquí y que suba a la habitación para comprobarlo. Tenía que recibirme esta mañana y es un asunto condenadamente grave para él, así que no puede haber salido.

El empleado titubeó. Comenzaba a inquietarse. Tal vez por el silencio del cliente, o quizá por la sombría expresión de aquel hombre que hablaba como si fuera el dueño del hotel.

—Veré qué puedo hacer —balbució al final.

Levantó de nuevo el teléfono y habló con alguien llamado Lank.

Apenas había tenido tiempo de colgar, cuando un hombre gordo,

en cuya frente perlada el sudor, apareció por un extremo del mostrador. Con una leve seña, el conserje le señaló a Cameron.

—Me llamo Lank —se presentó el hombre gordo—. ¿Qué puedo hacer por usted...?

—Mi nombre es Cameron.

Explicó la situación a su modo, viendo cómo el otro fruncía el ceño.

—Bien, tal vez haya sufrido un síncope, o esté demasiado enfermo para llamar —convino Lank—. Venga conmigo.

Cuando ya estaban subiendo en el ascensor, el gordo dijo:

—Olvidé decirle que soy el encargado de seguridad del hotel.

—¿Detective?

—Sí.

—Debí suponerlo.

No volvieron a hablar hasta llegar a la puerta de la habitación setenta y dos.

Allí, Lank llamó enérgicamente con los nudillos. Tras una breve espera, sacó una llave maestra y la introdujo en la cerradura.

La puerta se abrió, mostrando lo que Cameron había visto antes.

Lank emitió un sordo juramento y entró.

—¡No toque nada! —ordenó secamente—. Esto va a traer un infierno de dolores de cabeza al hotel.

Cerró cuando estuvieron dentro. Sus oídos envueltos en bolsas de grasa se fijaron en el cadáver, captando los detalles.

—Pudo haberse volado la cabeza en otra parte —rezongó.

—Mírelo otra vez.

—¿Qué?

—No he visto nunca un suicida que se pegue dos tiros, uno en el pecho y otro en la cabeza, para irse al infierno.

El detective se inclinó sobre el cuerpo y soltó un bufido.

—¡Maldita sea, es cierto! —masculló—. La que se va a armar...

Sacó un pañuelo y protegiéndose la mano con él, descolgó el teléfono. Disco un número y espero.

—¿Jefatura? —Gruñó cuando le respondieron—. Con el teniente Craig, por favor.

Esperó, dirigiendo iracundas miradas al cadáver entretanto.

—¿Craig? Habla Lank, desde el hotel. ¿Qué tal estás...? Sí, lo mismo que yo, imagino. Oye, tengo aquí un problema... uno de los

huéspedes... ¿Qué? ¡No gastes Taro mas! Asesinado. Ni más ni menos... Eso dije. ¿Puedes arreglarlo para que haya un mínimo de publicidad...? Bueno, inténtalo al menos... todos te lo agradeceremos. No, nadie popular. Se llamaba Fleming y procedía de San Francisco. ¿De acuerdo?

Murmuró una despedida y colgó. Con el mismo pañuelo que se había protegido la mano, se restregó la sudorosa cara y rezongó:

—Estarán aquí en unos minutos. Usted deberá esperar también.

—Claro.

—¿Conocía al muerto?

—Era el marido de una amiga mía de San Francisco.

Me pidió que le buscara, pero eso será mejor que lo reserve para la policía, supongo.

—Claro, claro... Yo estaré presente de todos modos, así que me enteraré entonces. Craig es una buena persona.

—Lo importante es que sea también un buen policía.

—Lo es. Y en un lugar como éste, no puede decirse lo mismo de todos sus compañeros...

—¿Qué pasa en un lugar como éste?

—Ya sabe. Una ciudad de placer, de turismo. Hay que echar tierra a todo lo que pueda ahuyentar a los visitantes que son quienes traen el dinero a manos llenas.

—Creo que entiendo.

El teniente Craig resultó un hombre alto y delgado, con una cara enfermiza de tan pálida y en la que brillaban unos ojos inteligentes y agudos. Su palidez era sorprendente en un lugar donde el sol era la mayor riqueza.

Entró solo y cerró la puerta, mirando el cadáver como si tuviera algo personal contra él.

—De modo que alguien ha querido ensuciar tu hotel, ¿eh, Lank?

—Gruñó.

—Cuando se enteren en «dirección» pondrán el grito en el cielo.

—Es un bonito trabajo. Dos tiros, y los dos mortales sin duda. El pájaro que disparó quiso asegurarse.

—Quien fuera, debe pensar que la policía aquí es idiota —dijo Frank suavemente.

—¿Qué? Oiga, ¿quién es usted, amigo?

—Frank Cameron. Vine para ver a este desgraciado y lo

encontramos tal cual.

—¿Por qué dijo que...?

—¿Lo de la policía? —le interrumpió Cameron—. Bien, se tomó la molestia de colocarle la pistola en la mano, después de pegarle dos tiros. Nadie podría creer en un suicidio. No obstante, él dejó el escenario para que lo pareciera. Pero sobra una bala, y...

—Deje que saquemos nosotros nuestras propias conclusiones, señor Cameron. Mejor, explíqueme por qué deseaba ver a... ¿Fleming dijiste que se llamaba?

Lank asintió.

Pero Cameron, no.

—Su verdadero nombre era Cecil Kelleway —dijo—. Será muy interesante saber por qué se lo cambió al inscribirse en este hotel.

Lank le miró como si le creyera loco.

—¿De dónde saca usted ese nombre? —Gruñó—. Este individuo era cliente habitual del Palladium. Había pasado numerosas temporadas aquí y siempre con el nombre de Fleming.

—A ver si ponemos esto en claro —dijo el teniente—. ¿Cómo sabe usted que se llamaba Kelleway, señor Cameron?

—Porque era su nombre. Estaba casado con una amiga mía y yo vine precisamente buscándolo, por encargo de ella.

Craig y el detective del hotel cambiaron una mirada.

—Explíqueme eso —rezongó el teniente—. Por una parte, Lank dice que ese tipo solía alojarse en este hotel en sus visitas a Bay City, lo cual indica que sus ausencias de su casa de San Francisco eran más o menos frecuentes y habituales. ¿Por qué en esta ocasión su mujer se inquietó y le mandó a usted a buscarlo?

—Ciertamente, eso requiere una explicación —convino Frank, mientras su mente trabajaba a toda presión—. Lo cierto es que la mujer de Kelleway nunca se había inquietado por los viajes de éste. Su trabajo le llevaba a viajar casi de continuo. Pero antes de este último viaje se compró una pistola y según ella estaba más nervioso que un gato. Luego, cuando se marchó, dijo que tal vez este viaje fuera más largo que los habituales y que no se inquietara. Sólo que ella se inquietó entre una cosa y otra, y al transcurrir varios días sin noticias, quiso averiguar qué estaba sucediendo.

—Muy bien, eso puedo comprenderlo. Pero lo lógico hubiera sido que ella recurriera a una agencia de detectives privados. ¿O lo

es usted acaso?

—No, en absoluto. Ya le dije que soy amigo de esa mujer.

—¿Y de él no?

—Apenas. En realidad hacía dos años que no le veía. Recurrí a mí porque sabe que dispongo de tiempo para una cosa semejante.

—¿Cuál es su trabajo, señor Cameron?

Éste sonrió.

—En realidad, ninguno. Disfruto de una pequeña renta.

Craig le miró, cada vez más escamado.

—Supongo que ya sabe que lo averiguaré, ¿no es cierto?

—Claro.

—Bien, habrá que llamar a mis hombres y esto va a ser largo. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted, Cameron?

—Tomaré una habitación en el hotel Sheridan. Y me ocuparé de que la señora Kelleway venga también para los trámites legales.

—Eso me ahorrará mucho trabajo. Ya le llamaré cuando le necesite.

Eso era el final y Frank se despidió abandonando la habitación, un tanto intrigado.

La actitud del policía le desconcertaba, sobre todo al no haberle interrogado mucho más a fondo.

Tal vez los policías de un lugar como Bay City trabajasen de distinta manera que los de las ciudades grandes. O todo se redujera a que deseaba evitar el máximo de publicidad desagradable sobre el crimen...

De cualquier modo le agradeció que le dejase en paz tan pronto. Montó en su coche y tomó el camino del hotel Sheridan.

Era un buen hotel, que se alzaba sobre la misma playa, como un gran buque varado en el roquedal. Grandes terrazas volaban casi encima del mar, que susurraba en la arena caliente.

Tomó una habitación para él y reservó otra a nombre de Magda Kelleway. Sentía un gran desánimo, una profunda amargura que no le había abandonado nunca cuando se trataba de Magda, perqué ella era el recuerdo de algo hermoso que pudo haber sido y no fue, oigo que se había hundido en el pozo del horror que aún, de vez en cuando, burbujeaba en las noches de pesadillas e insomnio...

Y ahora, después de esos años de tedio, aburrimiento y recuerdos de otra clase de vida, Maggy aparecía y era ella

precisamente la que le empujaba a un mundo de muerte que ya creía abandonado para siempre.

Se tendió sobre la cama y encendió un cigarrillo, dispuesto a reflexionar a fondo sobre lo que estaba sucediendo a su alrededor.

CAPÍTULO V

Abandonó el hotel cuando el sol dejó de ser una llama roja que abrasaba las calles, arrancando gruñidos de disgusto a la gente.

Recordaba perfectamente la dirección que leyerá en el documento de identidad de aquella espectacular pelirroja. No utilizó el llamativo «Ferrari» para esta visita, sino un taxi que le dejó en una esquina de casas de tres o cuatro plantas, con tiendas en los bajos, bares y chiquillos alborotando por las aceras.

La casa donde vivía la pelirroja estaba en la esquina y sin la menor duda, había conocido mejores tiempos, aunque sus habitantes intentaban que conservase algo de la dignidad perdida.

Subió unas escaleras chirriantes después de consultar el casillero del zaguán y llamó a miá puerta con los nudillos.

Oyó una sobresaltada exclamación y pasos que corrían hacia la puerta.

Ésta se abrió de golpe. A juzgar por la expresión de profundo desencanto que se pintó en la hermosa cara de Perla Bossman, no era a él a quién había estado esperando.

—¿Qué quiere? —preguntó, desabridamente.

—Hablarle. ¿Puedo pasar?

—No.

—La ayudé a recoger sus cosas en el Palladium. Le conviene hablar conmigo, Perla.

—¡Oh, fue usted!

—No tiene nada que temer, en absoluto.

—Es usted... ¿amigo de él?

—Supongo que se refiere a quién usted conoce con el nombre de Justy Fleming...

—Sí.

—No se llamaba así, pero eso carece de importancia ante lo sucedido. ¿Es necesario que hablemos en el pasillo?

—Entre... ¿Qué sabe de Justy?

Cerró la puerta cuando él hubo pasado y se quedó apoyada de espaldas a ella, mirándole con la angustia reflejada en el semblante.

Cameron dijo sin rodeos:

—El hombre que usted conoce como Fleming, está muerto.

—¡Oh, no!

—Es cierto. ¿Cuándo debía reunirse con él?

—Esta mañana...

—Tenía dos pasajes para Hawai. Uno estaba a nombre de usted.

Ella se estremeció violentamente.

—Entonces era cierto —susurró, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. No me había engañado... me amaba... era verdad que pensaba marcharse conmigo... llevarme a una nueva vida...

Frank la dejó que se calmara. Miró en torno y vio un mobiliario sencillo, limpio y sin pretensiones. Las paredes estaban desnudas. No había ningún cuadro, ni libros, nada que diera la sensación ni el calor de un hogar.

—¿Cómo... cómo ha muerto? —balbució la muchacha al fin.

—Le asesinaron.

Volvió a quedar muda de estupor. Cameron la observó con un asomo de piedad en su dura mirada. Ahora comprendía muchas cosas.

—¿Desde cuándo le conocía? —preguntó.

—Oh, hace tiempo... casi un año.

—¿Y siempre con el nombre de Fleming?

—¿Es que no era el suyo?

—No. Se llamaba Kelleway.

—No lo comprendo...

—Y estaba casado. En San Francisco.

—¡Miente! Él me quería a mí... no me engañó. Él no...

—Lo siento, pero es cierto que estaba casado. No niego que la amara a usted y que pensara marcharse del país en su compañía. Pero eso no quita nada de lo otro. Utilizaba nombre falso para sus relaciones con usted. Eso ya es un dato.

—Pero ¿por qué? Yo le hubiera amado igual aunque...

Se interrumpió. Seguía llorando y las lágrimas mansas se desbordaban de sus ojos.

De pronto pasó por el lado de Cameron y fue a derrumbarse de bruces sobre un diván, ocultando la cara en un almohadón.

El contempló el magnífico cuerpo estremecido por los sollozos. En su fuero interno maldijo una vez más a Cecil Kelleway y se maldijo a sí mismo, por hallarse metido en semejante estupidez.

—¿Puede usted imaginar a alguien que quisiera matarle? —preguntó de pronto.

Ella sacudió la cabeza. Su voz surgió ahogada por el almohadón.

—No —susurró—. Era un buen hombre.

—¡Tan bueno como el demonio!

—No hable así.

Se incorporó poco a poco y sus ojos, anegados de lágrimas, chispeaban con determinación por primera vez.

—Era un buen hombre —repitió—. El único de cuántos he conocido que me amó de verdad, sin quererlo todo a cambio de nada. Iba a llevarme lejos, con él, fuera de este ambiente sucio, de esta vida que detesto...

—¿Qué vida, es usted prostituta?

—No sea tonto. Bailo en un *cabaret*, pero no me vendo al mejor postor.

—Ya veo, disculpe. Hábleme de él, de la razón por la que esperaron precisamente hasta la mañana de hoy a partir... Conociéndole desde tanto tiempo, pudo sacarla de aquí hace meses.

—El necesitaba cerrar un negocio la noche pasada. Un negocio importante, de mucho dinero. Lo necesitábamos para empezar en Hawai.

—¿Cuánto dinero?

—Nunca lo supe con exactitud, pero eran centenares de miles lo que iba a cobrar.

—Ya veo... Usted no es idiota, Perla. Debió comprender que los negocios de ésta cuantía no se hacen de ese modo. ¡Centenares de miles en una noche!

—Ya pensé en eso y maldito si me importó. Significaba una vida limpia y nueva para mí. Una vida al lado de un hombre por el que sentirse protegida... ¡Al diablo con los negocios limpios! Los que hacen negocios limpios sólo quieren comprarme por media hora.

—Claro. Pero todo este asunto, tal como usted lo plantea, huele a chantaje.

Perla se encogió de hombros.

—No me importa. Ahora él está muerto.

—Sí, está muerto y la policía va a rastrear en todas direcciones hasta dar con usted. No va a ser divertido.

—Les diré lo que acabo de decirle a usted. No tengo nada que ocultar.

—Tal vez no —suspiró, disgustado—. Creo que es usted una buena muchacha, Perla. ¿Va a volver a trabajar en un *cabaret*?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Pero hoy no... no podría salir a la pista y bailar para que los babosos se divirtieran. Iré mañana y pediré que me admitan otra vez. Ya me había despedido, ¿sabe?

El asintió.

—He de irme —gruñó—. Si se le ocurre algo que pueda darnos una pista sobre el asesino, llámeme al hotel Sheridan. Me llamo Frank Cameron.

—No sé nada. Él no me hablaba de sus negocios.

—Está bien; le deseo suerte, Perla.

—Sí, suerte... ¡Asco de vida!

Salió y cerró la puerta sintiéndose más disgustado que nunca. El tal Kelleway había sido un maldito chantajista sin la menor duda. Un negocio que se cierra en una noche y que produce centenares de miles de dólares, no puede ser otra cosa.

Pensó que aquel tipo estaba bien en el infierno.

—Ojalá te hubieran matado dos años atrás —rezongó entre dientes.

Llamó un taxi y regresó al Sheridan.

Magda Kelleway era una mujer alta, asombrosamente bien proporcionada, y tan bella que uno llegaba a dudar de que su serena hermosura fuera real.

No parecía que pasara el tiempo para ella. A Frank se le antojaba exactamente igual que cuando la sacara de la casa de piedra, amordazada y palpitante de terror y de asco.

—¿Crees que podrás hablar con la policía esta misma noche?

Ella asintió con un gesto.

—Estoy bien, Frank. Podré soportarlo.

—Hay algunas cosas que debes saber antes de enfrentarte con el teniente Craig... Por ejemplo, tu marido utilizaba una identidad

falsa en sus viajes a esta ciudad. Se hacía llamar Justy Fleming.

—¿Por qué haría eso? ¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Y bien?

—Había otra mujer. Y un gran negocio sucio.

—No lo creo. Cecil no...

El sintió tentaciones de abofetearla.

—Muy bien, tú no lo crees, pero los hechos están ahí, sólidos como una roca, y los policías los sacarán a la luz. Había otra mujer a la que él también engañó. No le dijo que estaba casado. Y se disponía a huir con ella a Hawai. Tenía ya los pasajes en el bolsillo cuando le mataron.

Pálida como un sudario, Magda le miró con evidente reproche.

—¿No me mientes, Frank?

—¿Por qué habría de hacerlo? Estoy exponiéndote la situación para que no te pille de sorpresa cuando sea la policía quien te lo diga.

—¿Quién es esa mujer, cómo es Frank?

—Maldito si eso importa ahora. Mejor piensa en los últimos tiempos, cuando tu marido compró la pistola. ¿No te habló nunca de un gran negocio, un plan con el que hacerse rico de pronto?

—No. Jamás mencionó nada semejante. Seguía trabajando como siempre. Pero me asustó cuando compró la pistola. Además, había cambiado... estaba siempre nervioso, impaciente...

—Tenía motivos —rezongó él, entre dientes—. ¿Se llevó la pistola en este último viaje?

—Sí.

—No estaba en su habitación del hotel. Lo sé porque la registré antes de llamar a la policía.

—No lo comprendo...

—Olvidalo. Dijiste que era una 38...

—Sí. El mismo lo comentó.

—La que le mató era una 32...

—Tú puedes hablar de estas cosas sin alterarte, pero a mí me producen pánico, Frank...

—Vas a tener que controlarte para enfrentarte a los policías. No les ocultes nada y te dejarán antes en paz.

Ella le miró tratando de serenarse. El rostro anguloso de aquel

hombre la había acompañado a lo largo de los años, unido a unos tiempos apasionados y trágicos, espantosos cuando...

—Frank...

—¿Qué?

—Tú le odiabas, ¿no es cierto?

—Bueno, al menos su muerte no me ha causado ningún dolor.

—Pero a mí, sí. Era bueno conmigo, Frank, debes creerme.

—Tan bueno como Satanás, pero esto es cosa tuya.

Hubo un largo silencio, cada vez más sombrío, más tenso.

Hasta que ella murmuró:

—Nunca olvidé aquella noche, Frank.

—Ya lo imagino. Yo era una basura y me ha atormentado desde entonces.

—Tú sabes que no pude hacer otra cosa, ¿no es cierto? Después de lo que vi, de aquella pesadilla, de ver cómo matabas a aquellos hombres y... y...

—Dilo, no importa. A aquella mujer. ¿Es eso lo que te causa tanto horror?

—Sí.

—No sabes lo que me produce a mí. Yo la había amado antes. Habíamos cumplido juntos otras misiones. Había sido mía y nos habíamos amado infinidad de veces, en infinidad de lugares del mundo. Y la maté. ¿No crees que debería ser yo quien sintiera todo el asco de este sucio mundo por lo que hice? Y sin embargo, Maggy, es de lo único que no me arrepiento.

—Estás diciendo cosas terribles, Frank.

—Estoy hablando como suele hablarse entre gentuza como yo. Después de todo lo que le hicieron aquella noche, ¿cómo crees tú que ella hubiera podido vivir, qué hubiera sido? Estoy seguro que si pudiera hablar desde el otro mundo me agradecería el que la librara de todo aquello de una vez. Yo la conocía bien.

—Prefiero que no hablemos de eso de nuevo, Frank, por favor. No es lícito matar, aunque sea para ahorrar sufrimientos a un moribundo. ¿Quieres acompañarme a ver a la policía?

—De acuerdo. Discúlpame.

—Dime sólo una cosa...

—¿Qué?

—Después de aquello, cuando me dejaste en casa...

—Fui a la oficina de mi departamento, le rompí los dientes al condenado tipo que había metido a aquella muchacha en un juego tan peligroso y renuncié a mi puesto. ¿Es eso lo que querías saber?

—Poco más o menos... No comprendía que desde entonces vivieras tan solo, tan aislado, sin ocuparte de nada concreto...

—No lo necesito. Cobro una suculenta jubilación, para llamarlo de algún modo. El Tío Sam es muy generoso con los bastardos que le sirven en sus juegos sucios.

—De nuevo hablas de una manera horrible.

—Vámonos y dejaré de hacerlo. Creo que si no hay nada nuevo podrás regresar a tu casa mañana.

—¿Y tú?

—También volveré a San Francisco.

Abrió la puerta y esperó a que ella pasara. Estaba seguro que todo el maldito asunto terminaría con sus declaraciones a la policía.

Como muchas otras veces en su vida, Cameron se equivocó.

CAPÍTULO VI

El hombre alto, vestido con un costoso traje gris, abrió la pequeña puerta que comunicaba el pasillo de los camerinos con el estrecho callejón posterior del *cabaret* y atisbo con cautela.

No había nadie, aunque oyó, amortiguado, el sonido de la música de baile.

Entró, dejando la puerta entornada. Rápidamente examinó las puertas de los camerinos. Sobre una de ellas, bajo una estrella de cartón plateado, unas letras adhesivas rezaban:

PERLA DIXIE

Volvió a mirar arriba y abajo.

Nada. La música seguía sonando en la sala y se oían algunas voces apagadas procedentes de los otros camerinos.

Con cuidado probó aquella puerta y la abrió. Había luz dentro, y una mujer sentada ante el tocador leyendo una revista de espectáculos.

La mujer vestía una delgada bata que llevaba descuidadamente sobre los hombros.

El hombre entró en silencio. De un bolsillo sacó una pistola equipada con silenciador y entonces ella le descubrió a través del espejo.

—¿Qué demonios...?

Se volvió, furiosa por la intromisión. El rostro maquillado se contrajo con una mueca al ver la pistola y abrió la boca.

Antes que pudiera gritar, él disparó. La bala le atravesó la garganta y se empotró en la superficie del tocador. Casi simultáneo, hizo otro disparo que arrojó a la muchacha fuera del taburete y después la contempló en sus últimos espasmos de muerte, hasta que quedó inmóvil.

El hombre alto guardó la pistola y acercándose a la puerta la cerró después de protegerse las manos con unos guantes. No perdió mucho tiempo registrando el camerino. No había mucho espacio, y por otra parte, él parecía muy experto en semejante tarea.

No encontró nada de lo que buscaba. Se encogió de hombros al dirigir una última mirada indiferente al cadáver y escuchó tras la puerta. Luego la abrió con cautela.

El pasillo estaba desierto. Lo recorrió apresuradamente, salió por la puerta del callejón y se alejó fundiéndose en las tinieblas hasta desaparecer igual que si se hubiera desvanecido en el aire.

La mujer que ocupaba el camerino que perteneciera a Perla era una cantante llamada Patsy Gold...

Magda Kelleway salió del despacho del teniente Craig con una expresión de absoluto desconcierto en su pálido rostro. Miró a Frank, que se levantaba de una silla y pareció que iba a decirle algo.

El teniente, desde la puerta, se le anticipó.

—Entre, Cameron. Quiero hablar un momento con usted.

—Muy bien. Espérame aquí, Maggy. Te llevaré al hotel cuando termine con el teniente.

Craig cerró la puerta y señaló una silla de respaldo recto.

—Síéntese, no le haré perder mucho tiempo.

—No me preocupa el tiempo. ¿Tienen ya alguna pista del asesino?

El teniente le miró de una manera muy rara.

—¿Qué asesino? —rezongó.

—¿Es que hablamos distintos idiomas, Craig? Usted sabe a qué asesino me refiero. Al que mató a Cecil Kelleway.

—No hubo ningún asesino. Kelleway se suicidó.

Cameron se quedó boquiabierto. Primero pensó que había oído mal, o que Craig intentaba burlarse de él.

Pero el policía estaba tan serio como un funeral barato.

—¿De dónde ha sacado eso? —pudo articular al fin.

—Veredicto oficial, Cameron. El informe del forense es concluyente. Y las fotos... Todo.

—O yo estoy loco o el forense estaba borracho cuando examinó el cadáver. ¿Cómo explica esa lumbrera los dos disparos?

—El segundo fue solo un movimiento reflejo, según él. Se han

dado otros casos.

—Ya veo.

—Ahora ya lo sabe. Puede regresar a San Francisco sin que nada le preocupe, Cameron.

—Pensé que era usted un buen policía, Craig.

—Lo soy.

—Sí, tal vez lo sea cuando se trata de perseguir borrachos en noche de sábado... Pero si Kelleway se suicidó, pegándose a sí mismo dos tiros tan certeros ambos, dígame cómo infiernos pudo hacerlo con la mano derecha.

—¿Qué?

—Kelleway era zurdo, teniente. El asesino lo ignoraba y le colocó la pistola en la derecha. Ahora repítame que es usted un buen policía y me reiré a carcajadas.

Se levantó, pálido de cólera. Ya se dirigía a la puerta cuando Craig, tras él, gruñó:

—¡Espere, Cameron!

Frank se volvió, rígido.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora? ¿Otra explicación oficial sobre el cambio de manos?

—Siéntese.

—Estoy bien de pie.

—Como quiera. Sólo deseo que sepa que no soy yo quien lleva el caso. Un asesinato en Bay City es algo fuera de lo común, de modo que adquiere cierta importancia. Me han retirado del asunto y eso es definitivo en lo que a mí respecta.

—Ya entiendo. Ignoraba que se manejaran de este modo las cosas en este poblacho. No le envidio, teniente.

—Hay aún otra cosa que me intriga...

—Vamos, suéltelo. Soy un tipo muy complaciente. ¿Qué es?

—Hice algunas averiguaciones respecto a usted.

—¿Y...?

—Es un completo enigma. Aparentemente no debería usted, siquiera existir. Hay una laguna de diez años en su historia... y una renta de dos mil dólares mensuales que son ingresados puntualmente en su cuenta.

—¿Algo más?

—Ese dinero. El Banco ignora quién lo remite.

—¿Es todo?

—Podría haber mucho más si yo siguiera encargado del caso. Ahora ya no...

Le interrumpió el estridente timbre del teléfono. Lo descolgó con un manotazo y ladró a través del auricular:

—¡Teniente Craig, Homicidios! ¿Qué pasa ahora?

Escuchó y una profunda arruga se marcó en su ancha frente.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó—. Sí, entiendo... ¿Nadie vio entrar o salir a alguien de ese camerino? Ya, claro, hubiera sido demasiada suerte... ¿Cómo se llamaba esa fulana? Gold ¿eh? Cantante. Iremos ahora misma Ocúpese de que nadie toque nada.

Colgó con ademán furioso.

—Bueno, Cameron —rezongó—. Buen viaje a San Francisco.

—Por lo menos allí los suicidas son consecuentes consigo mismos, teniente. Si se pegan un tiro lo hacen como es debido... sin movimientos reflejos.

—Adiós, Cameron.

La voz de Craig sonó como un trallazo.

Frank abrió la puerta. Ya casi había salido cuando se detuvo de golpe.

—Oiga, Craig. Oí su conversación telefónica. ¿Tiene otro crimen entre manos?

—Eso no es nada que deba preocuparle a usted. Han matado a una cantante de un *cabaret*, es eso todo.

—¿De qué *cabaret*?

—El Tropicana. ¿Por qué diablos le interesa?

—No me interesa. Era sólo curiosidad.

Salió y cerró la puerta. Magda se levantó. Continuaba muy pálida.

—¿Te dijo ese hombre...? —balbuceó.

—¿Qué?

—Lo del suicidio...

—Sí. Pero no fue tal suicidio, sino un crimen. Kelleway era zurdo y el cadáver tenía la pistola en la mano derecha. Además, ningún suicida se pega dos tiros tan distantes uno de otro por muchos movimientos reflejos que haga.

—Entonces, ¿por qué quieren hacerlo pasar por un suicidio?

—No lo sé. Tu marido no era nadie influyente aquí ni en

ninguna parte. Imagino que no desean que los periódicos publiquen noticias tan siniestras como asesinatos y cosas así. Espantarían a los turistas, y Bay City vive exclusivamente del turismo.

La obligó a caminar a su lado hacia la salida. Ya en la acera, le espetó:

—¿Ha sido muy malo tener que reconocerlo?

—Horrible. He arreglado las cosas para que sea enterrado en San Francisco.

—¿Cuándo piensas partir?

—A primera hora de la mañana. ¿Y tú?

—Igualmente. No hay nada que pueda hacer aquí.

—Frank, ¿crees que debería luchar por él para que resplandeciera la verdad de su muerte?

—No veo que eso te llevase a ninguna parte, a menos que quieras vengarte del asesino. Y eso sólo lo conseguirías si fuera detenido, cosa más que problemática en un agujero como éste, donde hasta los basureros deben estar corrompidos.

Ella no replicó, acomodándose en el asiento del «Ferrari».

El condujo veloz hacia el hotel Sheridan. El aerodinámico auto rojo pareció volar durante el corto trayecto, como si Cameron quisiera aturdirse con la velocidad.

Luego escoltó a la mujer hasta su cuarto y ambos se detuvieron frente a la puerta.

Magda le miró con un sospechoso brillo en sus hermosos ojos.

—Frank... Yo quisiera agradecerte lo que has hecho por mí.

—Olvidalo.

—Después de tanto tiempo... No te hubiese reprochado nada si te hubieses negado a ayudarme.

—Está bien, Magda. No es nada que deba preocuparte. Buenas noches.

—Frank...

—¿Sí?

—¿Te has acordado de mí alguna vez? Antes de que te llamara, quiero decir.

—¿A qué viene eso ahora?

—No lo sé. Es algo que se me ha ocurrido de pronto.

—Estás nerviosa. Acuéstate y trata de dormir. Mañana te espera un largo viaje.

Se apartó de ella. Cuando introducía la llave en la cerradura de su cuarto volvió la cabeza. Magda le miraba aún, pálida, macilenta y a pesar de todo bellísima, con aquella belleza sublime y serena que la hacía tan distinta de las demás mujeres que él había conocido.

—Buenas noches, Maggy —repitió.

—Buenas noches, Frank.

Entró en su cuarto y cerró la puerta. Se sintió amargado y sólo de pronto. Todo era tan sucio, tan sórdido que casi le reconciliaba con su propio pasado.

Se disponía a meterse bajo la ducha cuando sonó el teléfono.

Pensó que quizá Magda...

Lo descolgó. Era una mujer, pero no Magda.

—¿Es usted Cameron? —tartamudeó la voz.

—Sí. ¿Qué le ocurre, Perla? ¿Ha recordado algo importante?

—No, pero ha sucedido algo terrible.

—¿Y bien?

—En mi camerino... han matado a una muchacha.

Él se puso rígido.

—¿Cómo sabe que fue en su camerino?

—Porque acabo de hablar por teléfono con el propietario del *cabaret*. Es el Tropicana. Cuando oí la noticia por la radio tuve un mal presentimiento... Acabo de saber que mi nombre aún estaba en la puerta. Patsy lo ocupaba y mañana iban a cambiar el rótulo de la puerta y...

—Espere un poco. ¿Piensa usted que el asesino se equivocó, que a quién quería matar era a usted?

—Sí, eso es lo que pienso.

—¿Por qué, también lo sabe?

—Eso no, pero se me antoja demasiada casualidad la manera como están sucediendo las cosas.

—¿Por qué no acude a la policía con sus sospechas?

—No me atrevo. Si realmente Justy... Bueno, Kelleway, hizo algo fuera de la ley, pueden sospechar de mí. Por eso le he llamado a usted. ¿Qué cree que debo hacer?

—Lo ignoro. Si realmente tiene miedo, abandone su apartamento por unos días. Vaya a algún lugar donde nadie pueda encontrarla.

—Sí, pero ¿adonde? Estoy tan asustada que apenas puedo pensar.

El gruñó un juramento.

—Está bien, la ayudaré —dijo—. Salga de su casa sin llevarse nada. Ni un maletín de viaje, ni nada que no sea su bolso. Venga al Sheridan en un taxi. ¿Comprende? Estaré esperándola en el vestíbulo.

—¿Y después?

—Cada cosa a su tiempo. Haga lo que le digo.

—Espere, he oído algo en la cocina.

—¿De qué habla? ¿No está sola, acaso?

De pronto, oyó un grito apagado y luego un golpe al rebotar el auricular contra una superficie dura.

—¡Perla! —rugió Cameron.

Oyó unos ruidos extraños. Después, alguien colgó el auricular al otro extremo de la línea y la comunicación se cortó.

Se vistió en menos de un minuto y salió de la habitación como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

CAPÍTULO VII

Frank abrió la puerta del apartamento de Perla dejando entrar al teniente Craig.

—Está en el dormitorio —gruñó, sombrío—. Le llamé a usted en cuanto la encontré.

—Se da usted una maña endiablada para tropezar con cadáveres, ¿no le parece?

—Antes los fabricaba yo mismo. Ahora alguien los siembra a mi paso.

—¿Es un chiste, Cameron?

Craig se asomó al dormitorio. La muchacha yacía de través encima de la cama. No llevaba puestas más que las medias y una ligera bata. La sangre había creado un fantástico atuendo surrealista encima de su cuerpo.

Tenía dos pequeños agujeros de bala casi juntos bajo el seno izquierdo de los que aún brotaban gotas de sangre.

—Tal vez si se da usted prisa pueda convertirlo también en un suicidio —comentó Frank, con sarcasmo—. Todo lo que tiene que hacer es colocarle una pistola cualquiera en la mano... aunque asegúrese antes si es zurda o no.

—¡Cállese!

—¿Le duele? Sólo le sugería una solución cómoda. Tan cómoda como la de Kelleway.

Craig se volvió hacia él echando chispas.

—¡Se cree muy listo! —bufó—. Usted y sus grandes parrafadas. ¿Cree que me gusta lo que está sucediendo? ¡Me vuelvo loco cada vez que lo pienso! ¿Entiende usted, Cameron? ¡Loco! Pero esta ciudad está organizada desde arriba, administrada para que la industria del turismo proporcione cada año mayores beneficios. Eso satisface a todo el mundo, así que un pobre polizonte amargado y con los pies doloridos no puede siquiera pensar en cambiar ese

estado de cosas.

—Entonces, amigo, emigre.

—¿Y adonde cree que puedo ir, con una mujer y tres críos como equipaje?

—Ya veo. No quisiera estar en su lugar, Craig.

—Está bien, si ya hemos dejado esto claro, quizá quiera contarme su historia ahora.

—¿Cómo no? Estaba hablando con esa pobre muchacha por teléfono cuando la mataron.

Explicó lo sucedido y las palabras de Perla. Al final añadió:

—Hay una entrada y salida de emergencia en la cocina y la ventana que comunica con el rellano de la escalera está abierta. El asesino entró y salió por ella.

—Maldito si entiendo nada. Ella le dijo que pensaba que el criminal se había equivocado al matar a la cantante del *cabaret*... Sin embargo, apenas un par de horas después viene aquí y mata a Perla Dixie. O Bossman, según su verdadero nombre. No tiene sentido a menos que el criminal disponga de una información de primera mano. ¿Cómo pudo saber que se había equivocado? Y en tan poco tiempo...

—Perla dijo que había oído la noticia del crimen por la radio. El criminal pudo oírlo también y saber así que la joven a quién había matado en el Tropicana no era la amante de Kelleway.

—¿Y qué estaba haciendo el asesino pegado a la radio?

—Eso maldito si lo sé.

—Tiene que ser de algún otro modo... Debió averiguarlo por algún otro conducto. De cualquier modo que fuera, el tipo no vacila en matar. Le aseguro que nunca habíamos tenido nada igual aquí.

—Craig, ¿también van a apartarle de estos dos casos, como hicieron con el asesinato de Kelleway?

—No empiece otra vez... Oficialmente fue un suicidio. En cuanto a la muerte de estas dos mujeres, no creo que ofrezcan mayores dificultades. Chicas de *cabaret*, ya sabe. Los periódicos apenas les dedicarán un pequeño suelto en una página interior y asunto concluido.

—Y el criminal continuará en libertad.

—Quizá no.

—Ni usted mismo cree eso. Es el mismo hijo de perra que mató

a Kelleway. Y si existe tanto interés en presentar el asunto como un suicidio las altísimas autoridades de Bay City no correrán el riesgo de detener a un asesino que pueda desmentirlos.

—Usted se considera un tipo muy listo, ¿no es cierto, Cameron? Un gran tipo que está por encima del bien y del mal, recto como un palo, intachable...

—Deje de decir tonterías. Por lo que a mí respecta, el asesino puede continuar mermando el censo de este poblacho hasta que ya no quede sitio en el cementerio para tanto muerto. Mañana por la mañana estaré camino de San Francisco y allá se las apañen todos ustedes.

—Celebraré saber que se ha largado. Y ahora, si me deja en paz, podré llamar a mi gente para que empiecen a trabajar aquí.

—De acuerdo. Buena suerte, teniente.

—¿Van a viajar juntos usted y la viuda de Kelleway?

—Es posible. ¿Le preocupa, acaso?

—Sólo en lo que atañe a su seguridad.

Frank se puso rígido.

—¿La seguridad de quién?

—De esa mujer, naturalmente. Pienso que si el criminal ha querido cerrarle la boca a la amante de Kelleway, tal vez haya puesto a la viuda en su lista negra. Eso, suponiendo que realmente se trate del mismo criminal, de lo cual no existen evidencias.

—No se me había ocurrido pensar en eso, teniente —gruñó Garrieron, sombrío y preocupado—. Me ocuparé de que no le suceda nada a ella.

—Entretanto, vaya pensando también en el motivo de esos crímenes, ¿sí? Y en caso de que llegue a alguna conclusión, hágamelo saber a título personal.

Frank observó el rostro pálido e inexpresivo del policía preguntándose cuáles serían sus verdaderas intenciones.

De pronto, volvió atrás.

—Hábleme un poco del tinglado de este agujero, Craig, si no le importa.

—¿Qué tinglado?

—Él político-administrativo, por ejemplo. Debe haber una cabeza que rige todo lo demás. Alguien lo bastante grande como para obligar a la policía a convertir un asesinato en suicidio...

—Todo lo que yo sé es que fue el capitán en funciones de jefe de policía quien me dio las instrucciones para que cerrara el caso. El goza de un cargo político elegible. Yo, no.

—Y a ese capitán, ¿quién le controla, quién le da órdenes?

—Sólo el alcalde. Y si está pensando en él, olvídelo. Se llama Douglas Kent y es toda una institución aquí. Puede decirse que las tres cuartas partes de la industria turística pertenecen a su familia. Y sus antepasados se remontan a la guerra de independencia... Fundaron la población, trajeron el progreso y el desarrollo y están muy orgullosos de su árbol genealógico.

—Una familia de caciques por lo que entiendo.

—No lo pregone en voz alta. Y ahora, ¿le importaría dejarme trabajar en paz? —terminó, sarcástico.

—Ya me voy, teniente.

Esta vez abandonó el apartamento definitivamente, muy preocupado por la idea que Craig había expuesto relativa a la seguridad de Magda.

Sentado en el «Ferrari», encendió un cigarrillo. Después condujo sin prisas hacia el hotel.

Cuando llegó tuvo un sobresalto. Había un auto patrulla parado delante de la puerta, con su faro destellante en marcha.

Corrió hacia el vestíbulo. Estaba desierto y los ascensores debían estar en los pisos altos con las puertas abiertas.

Subió las escaleras a saltos hacia la tercera planta donde estaba su habitación y la de Maggy. Allí sí había movimiento.

Sintiendo el corazón golpearle en la garganta se abrió paso entre los empleados y huéspedes que llenaban el pasillo. Un agente uniformado trató de cerrarle el paso. El, señaló la puerta de la habitación de Magda, junto a la que otro policía montaba guardia.

—¿Qué ha pasado? —exclamó—. ¿Está bien la mujer de esa habitación?

—¿Quién es usted, señor?

—Cameron. Ocupo este cuarto de ahí...

—¿Cameron? Pase, estaban buscándole.

De un salto estuvo en la puerta de Magda. El agente la abrió dejándole paso.

La habitación estaba llena de hombres que rodeaban la cama, y algunos más estaban en la terraza.

Se apartaron al verle. Magda ladeó la cabeza y no pudo contener mía exclamación de alivio al verle.

—¿Qué ha sucedido, Maggy? —masculló.

—¡Oh, Frank, si hubieses estado aquí...!

—¿Alguien puede contarme lo sucedido?

—Usted debe ser Cameron —dijo un hombre bajito, de cara enrojecida.

—Sí.

—Soy el sargento Collins. Ella no cesaba de llamarle a usted.

—¿Quiere decirme de una vez qué ha pasado?

—Naturalmente. Hubo un intento de asesinato. Afortunadamente, ella gritó lo bastante fuerte para que dos camareros que pasaban por el pasillo se precipitasen a la puerta.

Cameron sintió una cólera salvaje, un furor como ya creía olvidado desde los viejos tiempos.

—¿Y el criminal?

—Huyó por la terraza antes de conseguir sus propósitos, aunque disparó una vez contra la cama y falló. Hemos extraído la bala del cabezal. De una 22.

—¿Nadie le vio?

La cara del sargento se contrajo.

—Sí, un empleado del hotel, abajo. El asaltante le metió tres plomos en el cuerpo. Quiso asegurarse de que nunca podría identificarle.

Sin responder, Frank se aproximó al lecho. Un hombre que se identificó como médico del hotel dijo que había administrado un sedante a la mujer y se apartó.

—¿Estás bien? —Gruñó él.

—Sí. Fue algo tan horrible...

—¿Pudiste verle?

—No. Todo fue tan rápido... Sólo vi su silueta recortada en el ventanal de la terraza. Las luces estaban apagadas. Entonces comencé a gritar y él huyó.

—No sin antes disparar por lo que sé.

—Yo no me enteré de que lo había hecho hasta que los policías descubrieron el orificio de la bala, ahí...

—Descansa ahora. Ya no sucederá nada más esta noche. Yo me quedaré aquí cuando todos se vayan.

A ella se le cerraban los párpados bajo el influjo del soporífero que el médico le había administrado.

—Frank, tuve tanto miedo... Como aquella noche, ¿recuerdas?

Él no replicó y un instante después la mujer se había dormido.

—Maldito carnicero —refunfuñó entre dientes—. Maldito hijo de perra.

—Quisiera hablar con usted en otro lugar, señor Cameron —dijo el sargento.

—Llame al teniente Craig. Él le pondrá en antecedentes de todo este asunto. Y saque a su ejército de aquí, sargento, si ella ha de descansar en paz.

—Naturalmente. ¿Este atentado dice usted que está relacionado con el caso que investiga el teniente Craig?

—Sí.

—Muy bien. No abandone el hotel hasta que hayamos hablado de nuevo con usted.

Cuando se hubieron marchado, él se aproximó otra vez a la cama.

El bellissimo rostro de Magda reposaba ahora con una expresión plácida y serena. Resaltaba sobre la almohada y la idea de que Kelleway había gozado de esta visión durante años y no supo apreciarla le enfureció.

Aquella era la mujer que debió haber sido suya, si en aquel tiempo él hubiera sido un ciudadano como los demás en lugar de un matarife más o menos legal, más o menos oficial, marginado del resto de gentes, la mayoría de las cuales se hubieran horrorizado de haber conocido su existencia...

Buscó una butaca y se hundió en ella tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada por dentro.

Así pasó la noche.

CAPÍTULO VIII

—No, teniente. He cambiado de planes.

Craig frunció el ceño...

—¿A causa del atentado de anoche contra su hermosa viuda?

—Ella no es «mi hermosa viuda», Craig. De todos modos, sí. Es a causa de ese intento de asesinato. Esta vez el maldito matarife dio el paso que nunca debió dar.

—¿Qué cree que conseguirá sintiéndose poco menos que caballero andante?

—No lo sé. Pero a mí nadie en este mundo me dirá lo que he de hacer, ni lo que debo «dejar de hacer». Le aseguro que ese maldito matarife va a pagar con su pellejo haber intentado matar a Magda.

—Mire, Cameron...

—No necesito sus consejos, teniente. Sólo sus respuestas a un par de preguntas.

—¿Cuáles?

—Me intriga en gran manera la celeridad con que se mueve ese tipo. Sabe en todo momento a quién debe atacar y no pierde tiempo. Supo endiabladamente rápido que se había equivocado con la cantante que mató en el *cabaret* y le faltó tiempo para rectificar, matando a la pobre Perla. Luego vino aquí, cuando sólo usted y yo sabíamos que Magda Kelleway estaba alojada en este hotel.

—¿Va a cargarme a mí con el mochuelo, Cameron?

—En un agujero pestilente como Bay City nada me sorprendería. Dígame, ¿cómo puede saber él tanto como nosotros, pero antes que nosotros para tomarnos la delantera?

—No lo sé, aunque pienso dedicar mucho tiempo a averiguarlo.

—Hágame un favor, teniente.

—Si no ha de comprometerme...

—En absoluto. Sólo diga a todo el mundo que me quedo, que ya no regreso a San Francisco porque voy a cazar a esa bestia dañina

para aplastarla como una maldita rata que es.

Craig achicó los ojos, intrigado.

—¿Quiere que haga correr la voz descaradamente?

—No me importa como lo haga.

—¿Cree que él irá a por usted cuando yo haga correr esa noticia?

—No me sorprendería.

—Ya veo. ¿Tiene usted una pistola, Cameron?

—Aquí, no.

—¿Cómo piensa enfrentarse con él, entonces?

—Ya encontraré el modo de hacerlo... ¿Qué decide, Craig?

—No me parece que sea difícil correr la noticia. Lo haré.

Cameron sonrió de labios afuera.

—Ahora hábleme algo más del alcalde y su dinastía, teniente.

—¿Aún sigue pensando en eso?

—No llegará muy lejos si pierde el tiempo enfocando sus sospechas hacia los Kent.

—No importa, usted sólo hábleme de ellos.

—Bueno, le diré... Son una familia más bien excéntrica. El alcalde vive de acuerdo con su posición y es un hombre ambicioso y poco resuelto. Su mujer apenas se deja ver nunca. Se llama Garda y puede que yo la haya visto un par de veces en toda mi vida, y siempre he residido aquí.

—Creo adivinar que es ella quien maneja la política local.

—En cierto modo, indirectamente, creo que sí.

—¿Tienen hijos?

—Tres hijas. Dos de ellas dignas de un concurso de belleza, aunque circulan muchas historias sobre su estabilidad mental, ¿sabe?

—No irá a decirme que las tres están locas.

—Depende de hasta dónde pueda considerarse locura su comportamiento. La mayor, Ruth, es un esperpento con faldas. Después de su madre, es quien gobierna la familia. La que le sigue se llama Moira y es una belleza de arriba abajo. Dicen que su vida no es precisamente ejemplar, pero si es así no creo que nadie pueda decir que ha dado un solo escándalo en Bay City.

—¿Y la otra?

—Tan hermosa como Moira. Su nombre es Lorna. Bebe como un

cosaco y no es raro verla en estado de flotación de vez en cuando. No se recata de beber y conducir borracha. El día menos pensado se estrellará o matará a alguien.

—Es todo un ejemplar, ¿eh?

—Todas lo son, cada una a su modo.

—Y ésta es la familia que gobierna la ciudad. No les envidio a ustedes, Craig.

—Ahora déjeme decirle que si enfoca sólo una sospecha hacia esa gente se romperá la crisma contra un muro. Son intocables. Y por otra parte, no irá a pensar que ellos pueden haber tenido algo que ver con esos crímenes.

—Alguien con mucho dinero está metido hasta el cuello en todo esto. Kelleway pensaba cerrar un negocio de centenares de miles de dólares en la noche de su muerte. No creo que haya mucha gente con tanto dinero aquí...

—¡Eh, un momento! ¿De dónele ha sacado esa idea? Nadie ha hablado nunca de semejante negocio.

—Le aseguro que es cierto.

—¿Chantaje?

—Posiblemente.

—Era lo único que nos faltaba.

—Eso le explica mi interés por esa descabellada familia. Deben ser muy ricos. Y también haré algunas averiguaciones sobre el resto de potentados de este pueblo.

—No hay muchos.

Craig estaba preocupado y no trataba siquiera de disimularlo.

De pronto, se encaró con Frank y gruñó:

—Muy bien, siga adelante, Cameron. Oficialmente no puedo apoyarle, pero bajo mano haré todo lo que pueda.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Tal vez porque aunque usted no lo crea me gusta mi trabajo. Soy un buen policía cuando me permiten serlo. Yo quisiera serlo siempre.

—Ya entiendo.

—A usted nadie podrá amenazarle nunca con hacerle dimitir. Ojalá cace usted a ese bastardo del demonio.

—¿Sea quien fuere, Craig?

—Sea quien fuere.

—De acuerdo.

—Intentaré proporcionarle un arma. Ese carnicero no duda en disparar, de modo que la necesitará.

—Una última sesión, teniente.

—¿Cuál?

—Hasta ahora, todo lo que yo sé de la organización policíaca de este agujero es más bien sórdido y deprimente. Lo comprende, supongo.

—Sí, le comprendo y desgraciadamente es así.

—Y usted es policía. Y está en condiciones de saber en todo momento cómo están las cosas, quiénes pueden significar un riesgo que debe ser eliminado... En fin, ya sabe.

—Eso tiene gracia. El sospechoso número uno resulta un teniente de policía, según usted.

—Aquí, toda la policía huele mal. Espero que usted sea una excepción. Ahora, empiece a circular mi historia, y esperemos que dé resultado.

Craig asintió y abandonó la habitación del hotel.

Frank se tendió en la cama, fumando distraídamente un cigarrillo mientras dejaba vagar la imaginación a su antojo.

De modo que cuando llamaron a la puerta se sobresaltó.

—Entre —gruñó, incorporándose sobre un codo.

Magda se coló silenciosamente por la puerta y ambos quedaron mirándose fijamente.

—No pensé que te levantas tan pronto —comentó él.

—No es tan temprano... ¿Cómo te sientes tú después de una noche en blanco?

—Las he conocido peores.

Él estaba desnudo de cintura para arriba. Se levantó para ponerse una camisa veraniega, no sin que ella le viera las profundas cicatrices que adornaban su torso.

—He pedido el desayuno. Lo servirán aquí, Frank. Para los dos.

—Me parece muy bien. Espero que traigan un balde de café negro.

—¿Nos marcharemos después del desayuno?

—Tú, sí.

—¿Yo sola?

—Te irás en tu coche hasta San Francisco. Allí lo abandonarás

cerca de tu casa, pero no irás a ella, sino que tomarás un taxi para alejarte de allí inmediatamente.

—¿Y después?

—Te inscribirás en un hotel con nombre supuesto. Un nombre que sólo sabremos tú y yo. Cuando pueda regresar ya no tendrás nada que temer.

—Lo haré así. Creo que es lo más seguro si ese demonio sigue dispuesto a matarme sin ningún motivo. Debe de estar loco, Frank.

—Es una maldita bestia dañina, pero no tiene nada de loco. Si partimos del supuesto que tu marido intentó un chantaje a gran escala, el asesino piensa que posiblemente hubiera confiado sus planes a alguien allegado a él. Alguien como su amante o su esposa, por ejemplo.

—Eso es monstruoso. El nunca...

—Ya lo sé. Y tú también lo sabes, pero el criminal no. Y necesita asegurarse.

—Y sólo por lo que él sospecha asesina fríamente a mujeres indefensas. ¿Qué clase de...?

Se interrumpió. Él dijo:

—Tú viste cosas peores una vez; así que enfoca el asunto con sentido común.

—¿Y tú, qué piensas hacer?

El rechinó los dientes.

—Cazarlo —dijo después, con voz ronca.

—¡Frank!

—Te juro que lo cazaré, Maggy. Estaba dispuesto a largarme de aquí, a pesar de todo, pero el atentado contra ti desborda los diques que hubieran podido contenerme. Ahora va a pagarlo.

—¿Es que sabes quién es, algo que la policía ignore?

—Nada en absoluto. Pero hubo un tiempo que rastrear: un tipo escurridizo y peligroso era simple rutina para mí. No creo haberme olvidado de todo aquello.

Llamaron a la puerta. Él se levantó.

—Cuando te haga una seña dile que entre. No vamos a confiarnos tal como están las cosas.

Fue a colocarse junto a la puerta y entonces indicó a la mujer que actuara.

La puerta se abrió ocultándole a los ojos del camarero que entró

empujando un carrito de desayuno.

Frank suspiró al cerrar la puerta. Estaba entrando de nuevo en el mundo del recelo, de la incertidumbre, del temor y de la muerte.

CAPÍTULO IX

En todo el día no sucedió nada. Fue un día tenso, aburrido y lleno de malos presagios a los que hasta el tiempo parecía sumarse. Densos nubarrones oscuros habían invadido el cielo y sobre Bay City flotaba un calor húmedo y espeso que enervaba.

Frank Cameron había intentado hablar por teléfono con Craig durante todo el día sin conseguir localizarlo. Luego, cuando se disponía a salir, Craig llamó a la puerta y entró con gestos cansados.

—Creí que se había fugado usted —rezongó Cameron—. Estuve llamándole varias veces.

—Lo sé. Anduve de aquí para allá. Además, no es usted popular a estas alturas y su proximidad puede resultar altamente destructiva para la carrera de un policía.

—Si deja de hablar en chino puede que le entienda.

—Le he traído esto, Cameron.

Craig extrajo un revólver de cañón corto de un bolsillo. Era un pesado 38 con el cañón de dos pulgadas, compacto y letal.

—Está cargado, así que tenga cuidado —recomendó el policía, con ironía.

—Sé cómo se utilizan estos chismes. Gracias, teniente.

—Se me ocurre que va a necesitarlo.

—¿Hizo lo que le pedí?

—Seguro. Desde el capitán Whitney hasta el último polizone de ronda callejera, saben ya que usted se propone levantar la liebre. Hice un buen trabajo, créame, aunque posiblemente sea su funeral.

Una mueca de lobo atirantó las pétreas facciones de Cameron.

—No se inquiete por eso. Yo cuidaré de mi pellejo.

—De cualquier modo, creo que no tardarán en producirse reacciones de cualquier tipo a su alrededor. Y déjeme decirle algo más, amigo... Oficialmente yo militaré en el campo opuesto tan pronto haga algo que nos dé el menor pretexto para echarle el

guante. El capitán no es un tipo paciente y dijo que hablaría con el alcalde Kent.

—¿Cómo puedo conseguir una entrevista con él?

—¿Con el alcalde?

—Sí.

—No puede, es así de sencillo.

—Entiendo. ¿Y con el capitán?

—Eso es más factible, aunque tal como están las cosas ignoro cuándo estará en su despacho. Si esta noche logro averiguarlo, le avisaré.

—De nuevo gracias, Craig. Lástima que un policía como usted pierda el tiempo en este agujero.

El teniente se encogió de hombros.

—Uno tiene que vivir. Cuídese, Cameron.

Y se fue sin más palabras.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Frank basculó el cilindro del revólver y extrajo los seis cartuchos. Los examinó uno a uno, calculando su peso y vigilando cada detalle. No quería encontrarse con cartuchos sin pólvora o cualquier otro truco que le dejase inerte frente a un asesino.

Los cartuchos estaban bien. Tenían el peso debido y volvió a cargar el revólver antes de guardarlo en el bolsillo.

La luz del crepúsculo oscura y gris a causa de las nubes, teñía la ventana de un tono melancólico cuando se dispuso a abandonar la habitación.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta. Él se deslizó hasta la pared y gruñó:

—¡Entre!

La puerta giró, ocultándole de la vista del visitante. Sólo que él tampoco pudo verlo hasta que avanzó.

Y no era ningún hombre, sino una mujer.

Joven, descaradamente provocativa, con un escote hasta la cintura y unas piernas largas y esbeltas que la llevaron dos pases dentro del cuarto antes de descubrir a Cameron.

Entonces le miró descaradamente, bajando sus ojos hasta el revólver que él sostenía en la mano.

—Hola —runruneó—. ¿Es un nuevo modelo de encendedor, señor Cameron?

—De sobremesa. Cierre la puerta, hermana.

Ella obedeció. No sólo la cerró, sino que dio vuelta a la llave que estaba puesta en la cerradura.

—No necesita la pistola para defenderse de mis ataques. ¿Sabe una cosa, querido? No es usted como le había imaginado.

—Eso me produce un profundo pesar. Vaya a la cama y deje el bolso sobre ella sin abrirlo.

—Amigo, la cama puede servir para juegos más interesantes que ése.

—Sí, bueno, pero de momento haga lo que le digo. Ocurren cosas muy chocantes en este pueblo, ¿sabe?

Ella cimbrió el cuerpo hasta el lecho y depositó el bolso sobre él. Entonces se volvió, mirándole con sus ojos voraces.

—¿Qué hago ahora, empiezo a desvestirme? —sugirió.

—Eso sería todo un espectáculo. Apártese de ahí.

Cuando ella retrocedió, él abrió el bolso, registrándolo. No había ninguna pistola en él.

Pero sí las mil chucherías de costumbre y algunos documentos.

La mujer se llamaba Moira Kent.

—Bueno, ahora podemos charlar, señorita Kent —dijo apartándose.

—¿Le gusta jugar con ese trasto? —preguntó, señalando el revólver.

—Depende de las ocasiones. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Una respuesta directa a esta pregunta podría resultar muy embarazosa para usted, ¿no le parece?

—Si se decide a hablar con sentido común, tal vez logre saber qué se propone.

—Quiero hacerle una proposición. O quizá dos... una honesta, se lo aseguro.

—¿Y la otra?

—Dependerá de cuán atractiva le parezca.

—Lo es usted y lo sabe.

—Entonces todo irá bien.

—Empiece con la honestidad, aunque sólo sea para variar. ¿Va a proponerme que me largue del pueblo sin alborotar?

—Al revés.

Eso le sorprendió.

—¿Cómo dijo?

—Quiero que se quede. Quiero que haga estallar este estercolero para que todo Bay City se estremezca desde sus históricos cimientos, hasta que nuestros ilustres antepasados salten en sus tumbas. Eso es lo que quiero.

—Me desconcierta, palabra de honor. Usted es una Kent.

—No necesita recordármelo para que sienta ganas de vomitar.

El dejó el revólver sobre la mesa y sé acercó a la muchacha absolutamente desbordado.

—Explíqueme eso, si es que puede.

—No lo comprendería.

—Pruebe a ver.

—Querido, la basura debe ocultarse siempre y yo puedo ser muchas cosas sucias, pero tengo un límite. Todo lo que puedo decirle es que si hace saltar este pueblo le perteneceré hasta la eternidad. Me habrá liberado y seré suya en cuerpo y alma.

—Usted necesita un psiquiatra, muchacha.

—¿O prefiere otra clase de moneda? Dólares, quizá.

—No.

—Entonces estamos de acuerdo. Lo hará.

—¿Qué?

—Volar este pueblo.

—Lo dicho; está rematadamente loca.

Ella sonrió.

—No olvide esto, señor Cameron... Loca o cuerda, gozo de suficiente crédito para autorizar cualquier clase de pago.

—Sí, eso no ofrece dudas.

—En este caso, decídase. ¿Sí o no?

—Dígame primero cómo supo de mi existencia.

—Oí al capitán Whitney hablar a papá de usted y sus propósitos. Decidí que usted era el hombre que yo necesitaba.

—Y yo necesito una mujer como usted tanto como un dolor de muelas. ¿Qué clase de tipo es su padre, señorita Kent?

—Llámeme Moira.

—Moira.

—No sea tonto, ya sabe...

—Su padre. Hábleme de él.

—Se cree un gran hombre, un patriarca o algo así.

—¿Y no lo es?

—Hablando en plata, en confianza, es un pobre hombre. Un calzonazos hinchado como un pavo.

—Me conmueve su amor filial, Moira.

Ella rió.

—Me gustará más conmoverle de otro modo.

Sus ojos tenían un brillo extraño. Aquella mujer podía llegar a los más descabellados extremos si se lo proponía. Pero también podía convertirse en un cartucho de dinamita.

—Haga algo por mí, si desea conmover los cimientos de Bay City —dijo él, apurado—. Consígame una entrevista con su padre.

—Eso no le llevaría a ninguna parte. Sería mejor con mi mamaíta.

—¿Usted cree?

—Seguro, querido. Es una especie de tigre salvaje que nadie puede manejar. Le interesaría conocerla.

—Muy bien; con su madre, entonces.

—No será fácil. Nunca me hace el menor caso. Soy una suerte de estorbo que soportar y procura mantenerme lo más alejada posible de ella y sus actividades. Para eso dispongo de una cuenta inagotable en el Banco, ¿sabe?

Antes que él pudiera replicar, el teléfono sonó cortando la alocada charla de aquella mujer.

Frank descolgó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—¿Cameron, Frank Cameron?

Era una voz que tanto podía pertenecer a un hombre como a una mujer.

—Sí, me llamo Cameron. ¿Quién es usted?

—Garda Kent. Quiero hablarle cuanto antes. Venga a mi residencia. A las diez.

—Más despacio.

—Tome un taxi. Le pagaré los gastos. ¡Y quiero que sea puntual! Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Perplejo, él depositó el auricular en el soporte pensando vertiginosamente.

Cuando se volvió se encaró nuevamente a Moira.

—Bueno —rezongó—. ¿Y ahora, qué?

Ella se rió. Sus ojos parecían llamas.

—Atiéndame, querido. Estoy a su disposición.

—Es usted todo un caso, de veras. Ahora vuelva grupas y lárguese al diablo, fuera de aquí. He de salir.

—No hay nada fuera de este cuarto que no admita espera.

—Escuche, nena...

Una brusca llamada a la puerta cortó su voz.

—Métase en cualquier parte mientras veo quién es —gruñó, dirigiéndose a la entrada.

La oyó moverse y él abrió la puerta con cautela.

Había otra mujer en el pasillo. Alta, delgada, con cabellos lacios y tez que no parecía haber sido cuidada nunca.

—¿Señor Cameron? —aniñó la desconocida.

—Sí.

—He de hablarle.

Casi le empujó para colarse en la habitación. Él se disponía a replicar cuando la oyó soltar una exclamación y volviéndose vio a Moira, sentada en el borde del diván.

La recién llegada ladró:

—¡Debí suponer que te encontraría aquí, sucia perra!

—Hermanita, guardemos nuestro amor fraternal para la intimidad. ¿No te parece?

—¡Levántate y sal de aquí!

—¿Por qué? ¿Deseas interesar al señor Cameron en mi lugar? Querida Ruth, si lo piensas detenidamente no tienes ni la menor oportunidad.

—¡Fuera he dicho!

—Y usted, Cameron, ¿qué dice? —rió la muchacha sin alterarse lo más mínimo.

—Deben haber abierto el manicomio de este pueblo —bufó Frank.

—Ella es mi hermana Ruth. El látigo de mi madre y el apoyo moral de mi padre. Toda una institución en la familia.

No parecía darse prisa por levantarse, ni siquiera para irse de la habitación.

Ruth Kent se ahogaba de ira. Hizo un par de intentos para replicar y la furia que se agolpaba en su garganta se lo impidió.

—Moira, oírla parlotear quizá sea muy agradable, pero marea.

¿Le importaría callarse mientras hablo con su hermana?

La voz de Cameron era atrozmente sarcástica. Sólo que se necesitaba mucho más para alterar a aquella mujer.

—De acuerdo. Pero cuando ella se vaya, reanudaremos nuestra conversación.

—Olvídelo.

Al fin, Ruth salió de su marasmo de cólera y acercándose a su hermana, la atrapó de un zarpazo. Era una mujer fuerte y casi la levantó en vilo. Con el mismo movimiento volteó la otra mano y le sacudió una bofetada que resonó como un trallazo.

—¡Quiero que te vayas ahora mismo! —rugió, zarandeándola—. ¡Lárgate de una maldita vez!

Moira sacudió la cabeza. El golpe la había aturdido, pero continuaba sonriendo cuando dijo:

—Eres peor que Lorna. Ella por lo menos es bonita y tiene atributos suficientes para quitarme a cualquier hombre que me guste. Pero tú... Mírate al espejo. Verás lo que ocurre.

Ruth Kent la abofeteó dos veces más con toda su ira. Luego, jadeando, retrocedió, apartándose de su hermana.

Como si nada hubiera sucedido, Moira volvió a sentarse, dobló las piernas abrazándose a sus propias rodillas y cacareó:

—Adelante, querida. Eso puede convertirse en un espectáculo interesante. Para empezar, has venido a comprar a este hombre. ¿No es cierto? No lo niegues. ¿Te gusta también? Míralo, hermanita... Es un buen tipo, fuerte, rudo, con grandes y duras manos. Nunca te ha acariciado un hombre así, estoy segura.

—¡Cierra tu sucia boca! —chilló Ruth.

Le replicó una carcajada.

Frank comenzaba a impacientarse.

—Escuchen, las dos —gruñó—. Pueden continuar representando su espectáculo hasta que se cansen. Cuando terminen, por favor, dejen cada cosa en su lugar y cierren la puerta al salir.

Atrapó el revólver de un zarpazo y lo guardó en el bolsillo.

Casi alcanzaba la puerta cuando Ruth Kent, chilló:

—¡Quédese ahí, estúpido!

Él se volvió. La mujer jadeaba como si estuviera al borde de un colapso y su rostro parecía rojo.

Moira rió.

—No la exaspere, querido —dijo—. Le aseguro que además de ser fea y lisa como una tabla, no tiene el menor sentido del humor.

—¡Ya basta! —exclamó Frank—. Ustedes me producen náuseas. ¿Qué diablos es lo que tiene usted que decirme?

—Sólo una cosa. Le pagaré cinco mil dólares para que se vaya de aquí y no vuelva.

De nuevo Moira se echó a reír.

El preguntó:

—¿Y cuánto piensa pagarme su madre, Ruth?

—¿Mi madre?

—Me llamó por teléfono hace sólo unos minutos. Quiere verme esta noche. ¿Cuánto me ofrecerá ella?

—Claro, debí haberlo imaginado...

Moira cacareó:

—Lleve un látigo, si va a ver al tigre, querido. Lo necesitará.

Ruth parecía haber perdido toda su belicosidad al conjuro de aquella noticia. Incluso su mirada húmeda parecía la de un perro maltratado por su amo.

—Yo... yo quería evitarlo —murmuró sin apartar sus ojos de Cameron.

Era una mirada que le produjo escalofríos.

Ella se puso en marcha hacia la puerta, sin dirigir una sola mirada a su hermana. Se detuvo junto a Frank, rígida. Sus ojos pareció que le taladraban, que quisieran llegar al fondo de sus más recónditos pensamientos.

—Piense en mi ofrecimiento —susurró—. Y no haga caso a mi hermana. ¡No la escuche siquiera, maldito...!

Echó a correr, abrió la puerta y salió cerrando con violencia.

Moira rió bajito. Cameron se volvió echando chispas.

—Son ustedes una familia para un circo —masculló—. Voy a salir, nena. Usted puede hacer lo que quiera.

—Le esperaré. Me encontrará aquí cuando regrese. No le importará que duerma un poco, querido...

—El departamento es todo suyo.

Abrió la puerta y salió bufando.

El aire húmedo de la noche le azotó el rostro cuando salió del hotel y caminó hacia su coche. Encendió un cigarrillo para calmarse. Reconocía que aquellas dos mujeres, cada una a su modo,

le habían sacado de sus casillas, le habían alterado los nervios.

Al sentarse al volante del «Ferrari» le pareció ver reflejada en el cristal la turbadora imagen de Moira, sentada abrazándose las rodillas y provocándole, burlándose de su desgarrada hermana...

Estuvo allí hasta apurar el cigarrillo. Entonces se alejó en busca de un taxi que le llevara a la residencia de los Kent, estuviera ésta donde estuviere.

Cuando llegó a la esquina, más allá de los jardines del hotel, algo pasó zumbando junto a su cara y reventó el cristal de una ventana.

De modo instintivo, Cameron se zambulló en la acera, maldiciendo en voz alta al asesino y todo cuanto se relacionaba con él...

CAPÍTULO X

Le habían disparado con silenciador, seguro.

Apretó el revólver en la mano, intentando descubrir al tirador emboscado.

Alguien en la casa donde se había roto el cristal estaba gritando, indignado.

El asesino no volvió a disparar. Frank se levantó al cabo de unos instantes y corrió a lo largo de los coches aparcados.

Hubo de admitir que el tipo había huido. Pero de cualquier modo, era alguien que disparaba condenadamente bien, porque en medio de semejante oscuridad la bala le había pasado a media pulgada de la oreja.

Guardó el revólver y cuando vio un taxi le llamé, dijo al taxista adonde quería ir y el hombre le miró sorprendido a través del espejo retrovisor.

El viaje fue largo. Dejaron atrás la población y el auto se encaramó por una ancha, serpenteante y bien pavimentada carretera que se enroscaba a la colina.

Al fin se detuvo frente a una verja de hierro inexpugnable. Había dos faroles encendidos sobre sendos pilares de piedra. El chófer ladeó la cabeza y gruñó:

—¿He de esperarle, amigo?

—Claro, no pienso volver a pie. Mire si hay un timbre en alguna parte.

—No es necesario. Ya saben que estamos aquí. Si quieren que entremos, abrirán la verja.

—¿Cómo, por arte de magia?

—Hay un circuito de televisión en alguna parte. Y la verja se abre con un mecanismo electrónico desde la casa.

—Ya veo.

—He traído invitados otras veces, a las fiestas que dan de vez en

cuando. Por eso conozco esos trucos.

De pronto sonó un chirrido y la verja se abrió, permitiéndoles el paso.

El taxista hizo entrar el coche al jardín y al mirar atrás, Frank vio cómo las dos mitades de la verja de entrada se cerraban majestuosamente.

No pudo admirar mucho de la colosal residencia debido a la oscuridad. Además, empezó a llover en el instante en que se apeaba del taxi.

Había un amplio porche y una galería sostenida por multitud de formidables columnas de mármol negro. Una luz brillaba sobre la sólida puerta de roble antiguo y mientras él se refugiaba en el porche, la puerta se abrió y apareció un sirviente ataviado con un vistoso, llamativo y ridículo uniforme.

—¿Se llama usted señor Cameron? —preguntó.

—Sí.

—La señora le recibirá. Tenga la amabilidad de seguirme, señor.

Frank caminó tras él. Las proporciones de cuánto veía allí dentro escapaban a toda imaginación. Sin ninguna duda, aquello era un palacio en toda regla. Había costosas pinturas originales en las paredes, y bellos tapices flamencos, y una atmósfera agobiante que ahogaba.

El criado abrió una enorme puerta y le cedió el paso.

—Espere ahí, señor. Encontrará licores en la mesita.

—Gracias.

La puerta se cerró silenciosamente.

Efectivamente, había todo un surtido de licores sobre una mesa, junto a un recipiente con hielo y pequeñas botellas de soda.

—Todo bien organizado.

Su voz se le antojó un eco lejano y sepulcral bajo aquel altísimo techo.

No probó ningún licor.

Cuando oyó abrirse la puerta, se volvió. En el primer instante, bajo el colosal dintel de entrada no vio a nadie. Luego, la grácil figura avanzó y las puertas se cerraron como las lápidas de un mausoleo.

—Soy Garda Kent —dijo la mujer—. Siéntese. Quiero hablar con usted, Cameron.

Era de mediana estatura, delgada y de una edad indefinida. Al observarla de cerca, Frank se dio cuenta de que era una mujer aún bella y atractiva, a pesar de los años. En su juventud debió ser una belleza soberbia y espectacular.

Se hundió en una butaca cuando ella lo hubo hecho en otra y esperó.

—He oído decir que piensa desenterrar un caso de suicidio con ánimo de armar un escándalo, Cameron —empezó ella.

—No se trataba de un suicidio, señora. Fue un asesinato descarado que la policía convirtió en suicidio por alguna razón que ignoro. Y déjeme decirle que la cosa no me importó demasiado... Pensé largarme de este podrido pueblo y olvidarme de todo lo sucedido. El asesino me hizo cambiar de opinión.

—No hay tal asesino —replicó ella fríamente.

—Entonces, ¿quién asesinó a dos mujeres y trató de matar también a la viuda de Kelleway?

—Según la policía, son casos distintos.

—No para mí. Ni para ellos, pero debe haber alguna extraña razón para hacerles falsear las pruebas.

—Acabemos. Cobrará usted diez mil dólares por abandonar este asunto y esta ciudad. Y no vuelva. Jamás.

Tiró despectivamente un cheque sobre la mesa. Frank miró el papel amarillento sin tocarlo y sacudió la cabeza.

—No me ha comprendido usted, señora —dijo—. Yo iba a largarme de aquí por mi propia voluntad. Me enfureció la muerte de una muchacha llamada Perla. La vida había sido muy dura con ella y merecía mejor fortuna... pero incluso así, yo no veía razón para intervenir.

—Ya le he escuchado bastante. Tome su cheque y márchese.

—Aún no he terminado. Hubo algo que me hizo saltar, señora. Algo que me decidió a cazar a ese engendro del infierno que está sembrando de cadáveres la ciudad, como usted la llama. Intentó asesinar a Magda Kelleway y ahí fue donde se pasó de rosca. No tendrá oportunidad de volver a probar suerte, porque le aplastaré allí donde le encuentre.

—¿He de entender que rechaza ese cheque, Cameron?

—Ciertamente, así es.

La ira nubló las bonitas facciones de aquella mujer.

—Piénselo usted —ladró con voz aguda—. No aumentaré la cifra en un centavo más, si es eso lo que pretende...

—No quiero su dinero, señora. No lo necesito. Voy a matar a ese carnicero del demonio, sea quien fuere y esté donde esté.

Ella se levantó, rígida como una tabla.

—¡Márchese! —bufó—. Haré que le expulsen de la ciudad. Del condado, si es preciso.

—Saldría ganando si se decidiera a ayudarme. A menos, claro está, que de algún modo esté mezclada con todo este desdichado asunto.

—Es usted un... un... ¡Fuera de aquí!

Pulsó furiosamente un botón. Él se encogió de hombros y se dirigió a la puerta. Ésta se abrió antes de que llegara a ella y la mujer chilló casi histérica:

—¡Arroja esta basura fuera de la casa, James!

El sirviente miró preocupado los anchos hombros de Cameron.

Éste pasó por su lado, sonriendo.

—Saldré por mi pie, amigo. No creo que le paguen lo suficiente como para quedarse sin dentadura...

El criado se apresuró a cerrar la puerta y trotó tras él hasta el porche.

Continuaba lloviendo. Se disponía a correr hacia el taxi cuando descubrió al taxista apoyado en una columna, fumando sin trazas de moverse.

—Nos vamos —gruñó, subiéndose el cuello de la chaqueta.

—Aún no —cacareó el chófer—. Hay alguien en el coche que desea hablarle. Yo esperaré aquí.

Frank oyó cerrarse la puerta. Corrió bajo la lluvia y se precipitó en el asiento del taxi, notando el agua deslizarse por su cuello y espalda. Era una lluvia tibia y mansa, que caía igual que una débil cortina.

Apenas hubo caído sobre el asiento, unos brazos desnudos se enroscaron en torno a su cuello y una boca se aplastó a la suya y por unos instantes no atinó ni a pestañear.

Cuando pudo reaccionar se echó atrás, jadeando.

—Éste es un juego que me gusta jugar por iniciativa propia, hermana —gruñó, tratando de serenarse.

En la oscuridad vio el contorno suave de una cara pálida, y el

brillo salvaje de unas pupilas semejantes a las de una pantera. Una voz que temblaba, balbució:

—Te vi entrar...

Volvió a buscar su boca, aplastándole al propio tiempo contra el asiento.

Cameron empezó a preocuparse. Hubo de forcejear para librarse de aquellos tentáculos, cuando reaccionó.

—¡Pare, maldita sea! —bufó, echándose atrás—. Usted debe de ser la tercera de las hermanas, si no me equivoco.

—Me llamo Lorna.

—Ajá, era la única que me faltaba esta noche.

—Llame al chófer. Tengo un apartamento en la ciudad.

—Qué cosas. Va a quedarse aquí, con su mamaíta. Tendrá trabajo para calmarla.

—¿La ha enfurecido usted?

Le pareció que vibraba el miedo ahora en aquella voz.

—Yo diría que sí.

—¡Entonces, no quiero entrar! —chilló—. Lléveme con usted.

—Hermana, ésta debe ser mi noche negra. Salga del taxi y sea buena chica. Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza sin necesidad de que ustedes me ayuden a encontrar otros.

Ella se enderezó.

—No te gusto —suspiró—. Tú no me quieres...

—¡Maldita sea! Si ni siquiera he podido verte en esta oscuridad. Pero maldito si eso importa ahora. Sal de aquí. Tengo mucha prisa.

—Bueno, entonces iré contigo... lograré interesarte por mí... Hace tanto tiempo desde que él murió que...

Frank abrió la portezuela y se apeó de un salto. Atrapó a la muchacha entre sus manos y la sacó en volandas del asiento, dejándola bajo la lluvia. Entonces pudo verla con un poco, más de detalle y se asustó ante la extraña mirada de aquellos ojos desorbitados.

—Vuelva a la casa —gruñó—. Por una noche, es todo lo que puedo soportar de la familia Kent.

Ella retrocedió, estremecida de cólera. Barbotó algo que él no pudo entender y de pronto comenzó a golpearle histéricamente.

Frank la atrapó por las muñecas, reteniéndola mientras ella se retorció como una gata salvaje.

El chófer acudió trotando, alarmado. Cameron le ordenó que pusiera el coche en marcha y tras soltar a la enfurecida muchacha, se introdujo en el auto, maldiciendo en voz alta. Estaba empapado hasta los huesos.

Cuando el taxi se alejó aún pudo oír los gritos guturales de aquella peligrosa fierecilla que continuaba bajo la lluvia, maldiciendo.

CAPÍTULO XI

Indicó al taxista que se detuviera junto al rojo «Ferrari» y tras abonar la carrera, se apeó.

El taxi maniobró para alejarse. El abrió la portezuela y entonces una bala abrió un estriado agujero en el parabrisas.

Tampoco esta vez hubo ningún estampido.

Frank se arrojó al encharcado suelo cuando una segunda avispa de plomo picoteaba en la carrocería. Para entonces, ya tenía el revólver en la mano y se escabullía al otro lado del coche deportivo.

Vio un fugaz movimiento al otro lado del estacionamiento del hotel y disparó de modo instintivo. El estruendo bronco del «33» estremeció la noche.

Hizo dos disparos más y luego saltó fuera de su parapeto corriendo velozmente hacia los coches aparcados.

Cuando llegó allí oyó el veloz chapoteo de unos pies al otro lado de un seto. Brincó por encima de éste y aún pudo ver una sombra oscura que doblaba una esquina del sendero que había entre los árboles.

Le envió un plomo y falló porque el fugitivo había desaparecido.

Voló tras él, internándose por aquel sendero de grava rechinando los dientes lleno de furor, pero ya no pudo ver a nadie.

Se detuvo jadeando como un fuelle. Escuchó con todos los sentidos alerta, agazapado en la oscuridad como un animal salvaje en la selva, pero ya no percibió las pisadas. Sólo los gritos en la entrada del hotel, gritos de gente alarmada por los disparos.

Dio un rodeo buscando la entrada de servicio. Tal como suponía, los empleados que hubieran podido estar allí habían corrido hacia la fachada delantera para averiguar a qué obedecía el alboroto, de modo que pudo entrar sin ser visto y metiéndose en un montacargas, subió al piso donde estaba su habitación.

Había olvidado a la muchacha que dejara allí, acomodada en su

apartamento.

No obstante, la vio tan pronto hubo entrado. Moira dormía sosegadamente, en una postura descuidada, sobre el diván.

Sintió tentaciones de arrojarla por la terraza. Las mujeres Kent estaban convirtiéndose en todo un dolor de cabeza.

Entró en el baño sin hacer el menor ruido y se quitó las ropas empapadas. Después de frotarse con una toalla, buscó en el armario nuevas prendas y acababa de enfundarse los pantalones cuando alguien llamó a la peería con energía.

La muchacha murmuró algo entre sueños. Luego, de pronto, despertó y dio un brinco, quedando sentada.

Él la observó en la oscuridad. La voz de Craig rezongó desde el otro lado de la puerta:

—¡Abra la puerta, Cameron, sé que está ahí!

Moira saltó refunfuñando y caminó descalza hacia la puerta. La abrió de golpe y la luz del pasillo la inundó de arriba abajo.

Al teniente Craig por poco no le cayeron los ojos al suelo.

—No moleste, señor —le espetó la muchacha—. Yo también estoy esperando a Cameron.

—Éste... Bueno, necesitaba hablar con él. Yo...

—Vuelva mañana.

Cerró de un portazo y se fue a la cama, bostezando. Frank encendió la luz justo cuando acababa de tenderse otra vez, y otra vez dio un salto, quedando sentada.

—¡Estabas ahí! —jadeó, contenta—. ¿Desde cuándo, querido?

—Hace siglos.

—¿Quién era ese tipo que me despertó?

—Un polizone, supongo.

Ella no apartaba la mirada de aquel torso musculoso y cruzado de profundas cicatrices.

—Vas a largarte de aquí ahora mismo —dijo él—. Por una noche, ya tengo suficiente de la familia Kent.

—¿Viste al tigre?

—Sí.

—¿Y qué?

—Me arrojó de la casa a puntapiés porque no acepté sus diez mil dólares.

—¿Te ofreció tanto dinero?

—Sí.

El abrió el armario, buscando una camisa limpia. Moira saltó del lecho y fue hacia él.

—¿Para que te marcharas? —preguntó.

—Ni más ni menos.

—¿Por qué no aceptaste, querías más de diez mil?

Él se volvió en redondo.

—No quería un maldito centavo...

Ella le echó los brazos al cuello y por enésima vez en esa noche, una llama viva barrenó sus labios hasta dejarle sin aliento...

—También conocí a tu hermana pequeña —dijo más tarde, de espaldas a ella, junto a la terraza.

—¿A Lorna?

—Sí.

—¿Cómo estaba?

—Más loca aún que tú.

Moira rió de una manera extraña, sin ninguna alegría.

—¿De qué te habló?

—Para decir la verdad, apenas habló nada. Primero quiso acapararme como un pulpo. Después, sólo me maldijo.

Se volvió. Moira terminaba de arreglarse ante el espejo y retocaba su hermosa cara. Se miraron profundamente.

—No te he impresionado demasiado, ¿verdad, Frank?

—Más de lo que imaginas.

—Pero nunca significaré nada para ti.

—Eso no es culpa tuya ni mía.

—¿De quién, entonces?

—De una vieja pesadilla.

—¿Cuándo te veré otra vez?

—Probablemente, nunca más. A partir de ahora, estar a mi lado, es hacer oposiciones a cadáver. Ya han intentado matarme dos veces esta noche. Si estuvieras cerca podrías recibir tú el plomo que me destinasen.

—¡Frank!

—No te alarmes. Puedo manejar esta situación perfectamente.

—¿Vas a quedarte a pesar de todo?

—Hasta que cace al maldito carnicero. Ahora más que nunca.

Moira se estremeció.

—Te matarán, Frank. Jamás podrás poner a la luz todo el sucio barro que ocultamos.

—¿De qué estás hablando?

—Vete de aquí. Regresa a San Francisco y no vuelvas...

—Cuando entraste en esta habitación, me pediste lo contrario.

—Entonces no significabas nada para mí. Sólo deseaba utilizarte.

—¿Y ahora es distinto?

—¡Sí, maldito seas, es distinto! —estalló la muchacha, volviéndose de espaldas para que él no viera las lágrimas que pugnaban por desbordarse de sus ojos.

Poco a poco, él le colocó las manos sobre los hombros, besándola en la nuca. Notó cómo se ponía rígida. Luego, ella se volvió y su cara estaba húmeda de llanto.

—No quiero que te hagan daño —susurró—. Márchate, Frank.

—¿Qué es lo que sabes de este asunto?

—Nada, pero sé otras cosas. Sucias, viles y miserables del pasado y sé hasta dónde pueden llegar en su afán de dominio, de prestigio... Nunca podrás vencerles. Te destruirán.

—¿Te refieres a tu padre, a la policía...?

—A todos. Son una misma cosa.

—Cuéntame lo que sepas y me habrás ayudado a triunfar, Moira.

—Eso es imposible... ¡Por favor, por favor, no me pidas semejante cosa!

Él la miró con el ceño fruncido.

—Lo siento —gruñó—. No tengo ningún derecho a comprometerte. Toma, sécate la cara y luego vete. Me arreglaré sin ayuda de nadie.

Ella tomó el pañuelo y se frotó los ojos.

—Tú solo no llegarás a ninguna parte, Frank... ¡Maldito seas por no haberme arrojado fuera cuando entré!

—Ésta es buena...

—Entonces te hubiera odiado... no te hubieras metido en mi sangre de ese modo... Voy a ayudarte, si puedo y al infierno todo lo demás. He llegado al límite.

Él se estremeció.

Moira susurró:

—Tú has conocido a mi madre. Es una mujer dura como el acero, sin sentimientos. Destruyó a papá convirtiéndole en juguete

entre sus manos, empujándole a escalar puestos para los que nunca estuvo capacitado ni nunca deseó. Nos destruyó a nosotras, cada una a su modo. Lorna está loca. Eso no es ningún secreto, pero una Kent no puede estar loca. Una Kent tiene un prestigio, una responsabilidad. Nunca ha permitido que la visitara un psiquiatra y ella se ha agravado cada vez más.

—No sigas, si no lo deseas —le sugirió él, al advertir su alterado acento.

—¡Pero es que quiero seguir, Frank, quiero decírtelo todo!

—¡Muy bien!

—De mí, hizo una muñeca sin sentimientos. Nunca pude sentir el calor de mi madre. Desde niña estuve entregada a institutrices que me utilizaban para obtener un magnífico sueldo. Si alguna vez intenté acercarme a ella tropecé con su altivez, su temor a que interfiriera en sus designios. Cuando fui mayor, comprendí muchas cosas y me dediqué a divertirme... de cualquier modo. Ella me descubrió entonces por primera vez. Me amenazó con encerrarme si provocaba el menor escándalo... Podía hacer lo que quisiera, siempre que lo hiciera discretamente. Me abrió una cuenta a mi nombre en el Banco y siempre hay dinero en ella. Pero sobre todas las cosas de este mundo, discreción, mucha discreción... ¡Maldita... maldita sea un millón de veces!

Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

Frank esperó. Presentía que estaba al borde de averiguar casi todo lo que ansiaba saber, pero al mismo tiempo sentía una profunda amargura ante aquella muchacha desamparada y sola.

—Lo siento, no creí que aún fuera capaz de histerismos a estas alturas —dijo Moira, esforzándose por retener las lágrimas.

—No me importa que llores. Eso te hará bien.

—Mi madre dice que sólo lloran las mujeres débiles, del montón... La chusma.

—Muchacha, tu madre no ve más allá de sus narices.

—Aún no lo sabes todo. Yo me complacía haciendo que ella se enterara de todas mis aventuras, de todo lo sucio de que yo era capaz. Eso la volvía loca de ira, pero se dominaba, tragaba su ira y volvía a inyectar dinero en mi cuenta, porque todo aquello era hecho sin escándalo, a su modo, con discreción... Hizo que Ruth me vigilara durante un tiempo, pero luego lo dejó. Ruth era más

importante para controlar a papá. Tú la has visto... ¿Imaginas que alguna vez pudo ser hasta atractiva, tener una aventura amorosa con un hombre?

—Debía cuidarse más que ahora.

—Sí, eso es cierto, aunque nunca fue una gran cosa como mujer. Mamá se encargó de machacarle el cerebro hasta convencerla de que ningún hombre se le acercaría por ella misma, sino por su dinero. Le metió en la mente que ella estaba destinada a algo más grande... A compartir con ella el poder de gobernar esta ciudad a su antojo.

—Ya veo.

—Sin embargo, Ruth tuvo un hombre... Se llamaba George Price.

—¿Y...?

—Lorna lo mató.

Cameron contuvo el aliento.

—¿Qué dijiste?

—Lorna lo mató, eso dije.

El permaneció mudo, asimilando la atroz revelación.

Como si hablara en trance, Moira prosiguió:

—Para sus entrevistas con Price, Ruth había alquilado un discreto apartamento en la ciudad. Pero Lorna es maliciosa, endiabladamente mala... Lo averiguó y una tarde fue a ese apartamento. Una tarde en que Price esperaba a Ruth y ésta estaba retenida en el despacho de papá por exceso de compromisos. Lorna entró en el apartamento, sacó un estilete y lo mató de una manera horrible...

—Comprendo...

—Mi madre lo supo casi de inmediato, claro. Se movió aprisa... ¡Oh, sí! Lo arregló bien. El pobre George Price se había suicidado en un raptó de demencia, al verse rechazado por mi hermana Ruth. Apenas nadie le prestó atención al suicidio de un individuo que no era nadie importante... El tigre había descargado otro zarpazo. Llevó a Lorna a casa y la rodeó de cuidados para que no se desmandara otra vez... y así hasta ahora.

—¿Quién arregló lo del suicidio? Se necesitó a alguien de la policía para eso.

—La policía, aquí, es el capitán Whitney, Frank. Mamá lo

nombró a través de mi padre.

—Entiendo.

—Incluso ocultaron lo de la cámara.

—¿Qué cámara?

—Descubrieron una cámara oculta en la habitación de aquel apartamento. Era automática, muy ingeniosa. Había fotografiado, incluso, el asesinato cometido por Lorna. Claro que quemaron la película...

—Ahora has dicho algo verdaderamente importante para mí...

—Todo lo que te he dicho ha sido para que comprendas que no podrás luchar contra ellos. Ojalá pudieras... Pero es imposible. Nadie puede.

—Yo, sí.

—No, Frank. Tú no eres de su temple. Tú no tienes podrido el corazón.

El hizo una mueca.

—No sabes nada de mí, muchacha —dijo entre dientes—. Y aún sabes menos de lo que es capaz un hombre que fue adiestrado para destruir, para matar.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. Vuelve a tu casa, o adonde quieras. Tal vez esta noche veas estallar este pueblo tal como querías.

—¡Frank, por favor... te matarán...!

El sacudió la cabeza.

—No podrán, Moira. Nadie pudo cuando yo era una pieza codiciada en medio mundo.

La besó ligeramente en los labios, llevándola después hasta la puerta.

Se miraron largamente a los ojos. Ella susurró:

—Tú... tú hubieras podido...

—¿Qué, Moira?

—Nada, ya es demasiado tarde. De algún modo, yo también tengo la sucia sangre de la dinastía de los Kent.

Giró sobre los talones y se alejó por el pasillo. Frank cerró la puerta, encendió un cigarrillo y reflexionó durante largo rato. Comenzaba a atar no pocos cabos...

CAPÍTULO XII

El coche era un «De Soto» color crema último modelo. El encargado del garaje del hotel Palladium lo había mantenido limpio y brillante a la espera de que alguien fuera a ocuparse de él.

—Al señor Fleming le gustaba tenerlo siempre muy limpio, ¿sabe usted? —comentó cuando Cameron se presentó en su busca, después de haber conseguido que Magda hablara por teléfono con la dirección.

—¿No vino la policía a ver ese coche?

—No, señor. ¿Para qué? El pobre señor Fleming se suicidó en su habitación.

—Claro.

—Las llaves están en el *tablier* y llené el depósito la misma noche en que el señor Fleming murió.

—Estoy seguro que lo ha mantenido usted todo correcto.

Deslizó un billete en la ávida mano del hombre, tomó el coche y partió.

Daba gracias al cielo de que el capitán que manejaba a la policía de Bay City fuera un inepto nombrado por intereses bastardos de los Kent. Cualquiera otro policía experto en su lugar se habría ocupado del coche de Kelleway. Incluso Craig lo hubiera hecho, de haber continuado con el caso...

Condujo fuera de la población a lo largo de la costa. Cuando descubrió un bosquecillo a un lado salió de la carretera y metió el auto entre los árboles.

Cuando se apeó masculló entre dientes:

—Tiene que estar aquí, sea lo que sea... No podía ocultarlo lejos del hotel si tenía que rematar el negocio durante la misma noche...

Comenzó a registrar el coche meticulosamente. Casi lo desmontó en su impaciente búsqueda.

El sobre estaba sujeto con cinta adhesiva en la cara oculta de la

rueda de recambio, imposible de descubrir, a menos de sacarla de su encaje.

Se apoyó contra la carrocería con el sobre en las manos. Tendió la mirada más allá de los árboles. Volvía a lucir el sol en esa naciente mañana. Pasaban pocos coches por la carretera, y más allá de ésta se oía el eterno canto del mar.

Abrió el sobre y miró el interior. Había varios papeles mecanografiados y unas fotos.

Sacó primero los papeles. Eran estados de cuentas con infinidad de cifras, fechas, nombres y cantidades, y someras explicaciones de las operaciones más importantes. La ira le revolvió el estómago hasta sentir náuseas.

Después miró las fotos. Fueron lo mismo que un golpe en pleno rostro, atroces, nauseabundas... Detrás de cada una había dos nombres escritos con mayúsculas. Los nombres de una mujer y un hombre.

Volvió a guardar los documentos en el sobre y luego, pacientemente, quemó las fotos una a una. Después hizo lo mismo con los negativos y al fin devolvió los asientos a su sitio, sujetó la rueda de recambio y emprendió el regreso a Bay City.

No había vuelto a sentir tanta cólera, tanto furor ciego y destructivo desde aquella noche del infierno en que destruyó su propia carrera, abriendo un abismo entre el pasado y su futuro.

Moira esperaba junto a la verja. Estaba pálida y cuando él detuvo el coche, se precipitó a su lado, abrazándose desesperadamente al cuello de Frank.

—¿Están en la casa? —indagó él.

—Sí... Lo hice, aunque ignoro qué te propones.

—Mejor que lo ignores. Y quédate aquí hasta que todo haya terminado. No quisiera, que salieras lastimada, y lo que he de decirles, te causaría tanto asco que perderías hasta las ganas de vivir.

—¡Frank!

—Creo que después de eso podrás irte adonde quieras y vivir como se te antoje.

La besó fugazmente y saltó del coche, encaminándose a la casa.

Se acercó al colosal edificio que viera sólo durante la noche. Le impresionó ahora, pero lo rodeó, examinando las ventanas,

orientándose por lo que recordaba de su anterior visita.

El ventanal practicable del salón donde fuera recibido por Garda Kent estaba abierto y se oían voces en el interior.

La de un hombre, impaciente e iracunda, y la seca y vibrante de la madre de Moira.

Cameron empuñó el revólver y entró resueltamente por el ventanal.

Varias cabezas se volvieron hacia él, sobresaltadas. La de un hombre de unos sesenta años, de cabellos blancos y mentón débil. La de Ruth Kent y la de su madre Garda, y la del hombre alto y elegante que parecía dominar la reunión. Vestía un traje gris de buen corte y alto precio.

—Les aconsejo que sigan dónde están sin hacer ningún movimiento brusco —dijo Frank, colocándose a un lado del ventanal—. Antes de que esto termine, alguien podría salir con la cabeza llena de plomo.

Garda Kent no se impresionó. Era una mujer acostumbrada a dominar.

—Voy a llamar para que le echen de aquí si estos dos hombres le tienen miedo a su pistola, señor Cameron —farfulló roja de ira.

—Su marido no es lo bastante hombre para sacarme de aquí. No lo ha sido nunca o de lo contrario la hubiera arrojado a usted a puntapiés lejos de esta casa y de sus hijas. En cuanto al capitán Whitney, sólo espero que lo intente. Él está armado... ¡Sólo espero que lo intente!

El aludido no movió ni un músculo. La mujer dijo despectiva:

—Entonces, sucio patán, lo haré yo.

Avanzó resueltamente. Tendió la mano y ordenó con una voz que semejava el chirrido de una sierra:

—Deme ese revólver y salga de aquí.

Frank volteó la mano y descargó un trallazo capaz de tumbar a un peso pesado. La mujer no era ningún peso pesado y voló materialmente en el aire. Tropezó con su marido y ambos rodaron por el suelo.

El cañón del revólver estaba fijo en el capitán.

—Vamos, Whitney, inténtelo —le desafió—. Haga algo antes que el mundo les caiga encima a todos ustedes...

—Haga lo que haga ahora, Cameron, no vivirá después de esto.

—¿Usted cree? Bueno, soñar no le cuesta dinero. Quiero decirles un par de cosas antes de terminar... Primera, y escuchen bien, todos.

El alcalde se levantó dificultosamente. Su belicosa mujer estaba sentada en el suelo, despatarrada, sacudiendo la cabeza para librarla del aturdimiento. Un hilillo de sangre brotaba de sus labios rotos.

—He enviado por correo certificado copias de unos documentos que ahora les mostraré a los diarios de San Francisco, junto con un relato detallado de todo lo sucedido aquí. Me llevó un trabajo endiablado escribirlo esta noche. Escribir la muerte de un hombre llamado George Price, la conversión de esa muerte en suicidio. El asesinato de Cecil Kelleway y su posterior arreglo como otro suicidio... El asesinato de dos inocentes muchachas que ignoraban por qué morían, y el intento de asesinato que me decidió a intervenir, el intento contra Magda Kelleway, capitán. Y los atentados contra mí, aunque yo le devolví las atenciones en su propio idioma.

—Ningún periódico se atreverá...

—Los de San Francisco publicarían hasta la biografía personal de Satanás, si con ello aumentaban su tirada. Ni ustedes ni nadie podrán amordazarlos nunca. Y le repito que con el relato van copias de estos documentos, capitán. Fechas de ingreso en sus cuentas de enormes cantidades de dinero obtenidas a través de ventas al municipio... Un buen negocio a cambio de su fidelidad a los Kent. No ha habido obra pública en la que usted no haya obtenido una buena comisión. Usted ha comprado tierras sin valor por unos centavos y poco tiempo después el alcalde ha hecho que el Ayuntamiento se las comprara a usted a precios desorbitados para construir escuelas, campos deportivos, parques... Cualquier cosa donde rezumara dinero, allí estaba usted. Eso fue lo que Kelleway tenía para exigir su gran cantidad de dinero.

Ruth emitió un quejido y susurró:

—Sabía que no saldría bien...

—¡Cállate, estúpida! —Ladró su madre—. Aún no nos ha vencido.

—¿Usted cree? Cuando todo esto salga publicado en los diarios de San Francisco, la mayoría de periódicos del país lo reproducirán.

No habrá un agujero lo bastante profundo en toda la tierra donde puedan ocultar la cabeza, señora.

De pronto, Ruth jadeó:

—¿Y las fotografías, también...?

—Las quemé.

—¿Usted... las quemó?

—Sí, Ruth. Igual que los negativos. Pienso que usted ya ha sufrido bastante con todo este sucio asunto.

—No comprendo... no puedo comprenderlo... Eran tan horribles...

—Ciertamente, no resultaban obras de arte precisamente.

Garda Kent farfulló:

—Todo hombre tiene un precio, Cameron. ¿Cuál es el suyo? Porque yo no creo que haya enviado toda esta historia a los periódicos. Nadie desprecia una fortuna... ¿Cuánto?

Él sonrió...

—Ni medio centavo. Todos los papeles están viajando en las sacas del Correo de los Estados Unidos y ya nadie en este mundo puede detenerlos.

El rostro de aquella mujer se contrajo en una mueca de cólera incontenible. Dio un salto y rugió:

—¡No lo ha hecho... no puede haberlo hecho...!

Frank intentó apartarse de su furiosa trayectoria, pero ella le golpeó salvajemente, intentando desarmarle. Vio el torbellino que se desencadenaba más allá. El capitán sacaba una pistola y buscaba ángulo para disparar sin herir a la enloquecida mujer. El alcalde retrocedía y Ruth se llevaba las manos a la boca para ahogar los gritos...

Cameron atrapó los cabellos de la harpía que tenía encima y la sacudió, quitándosela a un lado.

Al mismo tiempo, apretó el gatillo y el revólver tronó en medio del alboroto y Whitney dio un salto atrás, aún luchando por disparar.

El siguió dándole el gatillo una y otra vez, rechinando los dientes como un animal de presa, enfurecido...

Cuando se dio cuenta que el martillete pegaba contra los cartuchos vacíos, Whitney era una masa informe derribada en el suelo.

Ruth dejó de chillar y le miró.

El alcalde había desaparecido.

La mujer a quién su propia hija llamaba tigre, jadeaba de bruces sobre la alfombra, a poca distancia del hombre muerto, que había sido su fiel instrumento de destrucción y de poder...

Cameron retrocedió hacia el ventanal. Ruth susurró:

—Gracias... por destruirlas...

Nunca supo si él la oyó o no, porque Frank ya había desaparecido.

Moira daba saltos de angustia junto al coche.

—¡Oí disparos, Frank...!

—Whitney está muerto.

—¿Y los demás?

—No les ha sucedido nada... aún.

—De modo que lo conseguiste.

—Sí.

La tomó por los brazos, apartándola del coche.

—Ahora podrás vivir, Moira. Ojalá la suerte te acompañe.

La besó y abrió la portezuela.

Ella susurró:

—Te vas con ella, ¿no es cierto?

—Sí... Creo que en realidad, nunca estuve lejos de ese sueño.

El auto arrancó y Moira esperó a verlo desaparecer antes de volverse y entrar en el jardín, hacia la casa, hacia su incierto destino.

Lloraba. Nunca antes había llorado por un hombre. Pensó que quizá eso fuera bueno. Como un revulsivo a tanta indignidad tal vez.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

